
Después
Del amor
La nueva novela de
Alexi Vergara Q.

Santiago de Chile, 2023.

© Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro, incluida la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o electrónicos, incluidas las fotocopias, sin permiso escrito del autor.
ISBN Nº 9798860337794

Edición independiente

Después del Amor

Alexi Vergara Q.

Para los y las que no saben lo que viene después del amor.

Recomendación del autor

Esta novela es una ficción, todo es inventado. Si encuentras que existe algo en la vida real similar a lo que escribo es mera coincidencia. Disfruta esta novela, critícala, llora, ríe, ¡siente! Esa es mi intención.

Capítulo 1

Sofía

Abril, 2023

Caminar desde mi casa al Metro siempre es un desafío, no solo por la cantidad de idiotas que andan robando celulares, y por lo peligroso que es para una mujer caminar sola por la calle en Chile, sino también por la cantidad de personas que tienen la misma intención que yo: llegar a la hora.

Estudio hace 4 años en la universidad y ya me sé de memoria el recorrido de la línea 1, desde San Pablo hasta Estación Central. Me bajo y veo las mismas caras de siempre, podría asegurarlo. Salgo a la calle, la Alameda, tan fea de Plaza Italia hacia abajo, con los mismos kioscos de siempre. La monotonía, al igual que a Shakira, me está matando.

Me saco los audífonos al llegar a la USACH, la Universidad de Santiago, uno de los campus más grandes del país. Con una variedad de estudiantes que me sorprende, siento que todo Chile está representando en este lugar.

Al llegar a la FAHU, siempre está ella, mi amiga, la Vale, una pelirroja que los tiene a todos locos, con una choreza que me falta tanto en la vida y siempre con botas negras.

Estamos juntas hace cuatro años en la carrera de Literatura, y sabemos que nos queda poco para ser las escritoras solteras más destacadas de Santiago.

— Gracias por esperarme —le digo, pidiendo disculpas por la hora.

— No puedo acostumbrarme a tu impuntualidad, todos los semestres son lo mismo, ¡cánsate! —respondió con la cara de “soy tu mamá” que siempre pone.

— Ya, mami, perdón —bromeo.

— Ni cagando sería tu mamá, te tendría acá a las siete y media de la mañana, para que no tengas amigas muertas de frío esperándote.

— Perdona, hoy yo te invito el café —sé que la cafeína es su debilidad.

— Se nota que me conoces. Ya vamos, que el profe de la tesis nos está esperando.

Caminamos hacia la oficina del profe, que no recuerdo su nombre, porque para eso tengo a mi amiga, la Vale ha sido mi agenda, mi paño de lágrimas, personal trainer, psicóloga, nutricionista, auspiciadora oficial, es decir, lo mejor que me pudo pasar en la vida universitaria. A los 20 años la conocí, y le agradezco su existencia a diario.

Golpeé la puerta y el profesor nos hizo pasar. Un hombre de casi 40 años, por lo que se ve, pelo corto, tez blanca y lentes grandes. Usaba una chaqueta azul desgastada. Estaba sentado en un escritorio que debe estar desde tiempos inmemorables en la universidad.

— Muchas gracias por la puntualidad —ironizó el profesor.

— Disculpe -respondió mi amiga-, no quiero que se lleve una mala impresión, lo importante es que ya estamos aquí —ella tiene el don de convencer a cualquiera.

—Ok, tomen asiento, por favor.

Abrió una carpeta, revisó unos datos mientras el silencio hacía lo suyo en la oficina. Agarré del brazo a Valentina, para sentirme segura. Aproveché el espacio para mirar mejor el lugar, tenía muchos libros, más de los que pensé que podía tener una persona.

— Muy bien —comenzó a hablar—. Entonces tenemos acá a Valentina Soto y a Sofía Montes, estudiantes de último año de Literatura. ¿Es correcto? —dijo sin mirarnos.

— Sí, correcto —respondí—. Ella es Valentina y yo Sofía.

— Perfecto —prosiguió—, la forma de trabajo es muy sencilla, todos los viernes nos reuniremos en esta misma oficina, puntualmente a las nueve de la mañana. Les pediré avances específicos para ir confeccionando su proyecto de tesis, el que me tienen que mandar por correo a más tardar el jueves a las cuatro de la tarde. Les entrego su retroalimentación y escogemos los libros que les serán de guía en este proceso.

Me gusta su forma de hablar, tan directa, pero las palabras que usa son anticuadas

— ¿Está poniendo atención? señorita —se dio cuenta de mi distracción. ¡Que fijón!

— Sí, disculpe —le dije.

— Por favor, firmen aquí su asistencia a la primera reunión.

Nos entregó una hoja con nuestros nombres y todas las fechas. Pensé que el último año sería más agradable, pero parece que será una tortura (de nuevo me acordé de Shakira).

— Vale, vamos por tu café —le dije a mi amiga.

— Por favor, lo necesito. ¡Qué profesor más pedante! —me contestó.

— ¿Cierto? —le pregunté.

Capítulo 2

Sofía

Abril, 2023

Mi vida no es tan emocionante como parece, mis padres siempre han sido muy estrictos conmigo. Desde pequeña que no me dejaban salir a ningún lado, siempre encerrada entre los estudios y las paredes de mi pieza. Pero, ellos no saben nada de mi vida, solo lo que les quiero mostrar. ¿Les ha pasado? Lo he intentado muchas veces, aunque aprendí con la vida que es mejor guardarse las cosas a compartirlas con personas que no tienen idea por lo que estás pasando. Y no solo eso, cualquiera se cree con el derecho de opinar, y no, mi vida me pertenece y siempre ha sido así. La única que lo sabe todo es mi Vale, mi mejor amiga y por lo mismo, confidente.

Viví demasiado tiempo sola con mis libros, quienes me han acompañado desde que tengo memoria. Pasé por la poesía *mistraliana*, la ironía de Nicanor Parra, los poemas de Huidobro, y los acrósticos de Shakira ¿les dije que me gustaba? Es que es la diosa del momento, la mujer más importante del planeta, y cómo no, la que nos enseñó el camino.

— ¿Qué haces? —me dijo la Vale, sacándome del ensueño en el que estaba mientras la esperaba.

— ¿Cómo? —no entendí.

— ¿Qué haces tan temprano? Tú no eres puntual, no acostumbras a llegar antes de mí. ¿Tienes fiebre?

— Simpática —le respondí. No sé cómo lo hace para hacerme reír siempre.

— ¿Estás preparada? Cuando quieres algo, me preguntó con la cara que pone tu amiga, pero no te sientes lista para alcanzarlo.

— ¿Tengo otra opción? —respondí.

— Vamos, guachita.

Caminamos juntas hacia la misma oficina, en el mismo lugar abandonado de la Facultad de Humanidades. Si no fuera por el foro griego y los pastos, esta universidad sería un homenaje a la fomedad.

Entramos, y el profesor tenía cinco libros encima del escritorio. Nos miraba como quien sabe que ese día estás condenado a la horca, con una risa burlona.

— Hola, Valentina —dijo mientras miraba a mi amiga—. Hola, Sofía —me miró con la misma formalidad del viernes pasado.

— Hola respondimos al unísono.

— Tomen —asiento, por favor —insistió—. Estuve revisando la pregunta que eligieron y el tema que quieren investigar en su proyecto de tesis. Y tengo una duda importante.

— Sí, confiamos en sí, respondió mi amiga.

Volvió a abrir la carpeta y nos mostró la hoja que le habíamos enviado ayer por correo, llena de garabatos y palabras subrayadas. Se tomó su tiempo para la revisión del documento.

— ¿Por qué me eligieron a mí? —preguntó el profesor, y nos miró realmente serio.

Las dos nos quedamos mirando con cara de póker. Qué se responde a algo así. ¿Es una prueba?

— Porque es el mejor —respondí. No supe qué más decir, pero era la verdad.
— Estoy de acuerdo con su apreciación, Sofía, pero para un proyecto como este, centrado en la Literatura feminista del siglo XIX, ¿no era mejor elegir a una profesora guía?, de las que tengo una muy buena impresión.

Yo, al menos, quedé en shock, sin duda es un tema que hablamos con la Vale, lo discutimos con el jefe de carrera y también con nuestra almohada. Pero hicimos todo al revés, primero elegimos al profe y después el tema.

— ¿Elegimos mal? —pregunté.
— No sé si podría definirlo así, como una "mala decisión", pero me sorprende que, con académicas destacadas en esta área, me hayan elegido. Todos y todas tenemos la misma misión, acompañarlos en este proceso, y preferí preguntarles de forma directa —por fin el profe terminó su monólogo.

No sé en qué volada estaba mi amiga, pero no pudo hilar ninguna idea entonces. Tuve que pelear yo.

— Podemos cambiar de tema, si quiere, a uno que se adapte mejor a lo que usted hace —dije, desafiante.
— Tampoco quiero eso, solo quise resolver esto, pero ya que tanto ustedes como yo estamos en el lugar correcto, pasemos a lo primordial. Les traje estos cinco textos que deben leer para la próxima entrega.

Todo lo que vino después de eso no quedó en mi memoria. No sé si fue un error de sistema o los monitos que trabajan en mi cabeza ya están cansados. Menos mal que la Vale es la más seca en anotaciones, sus apuntes son una de las siete maravillas universitarias, según la cuenta de *Instagram* de "Confesiones Usach". Y yo como su mejor amiga y su representante legal, tengo derechos adquiridos para usarla.

— ¿Alguna vez la tesis se vuelve algo agradable o será siempre un fastidio? -le pregunté con toda la honestidad posible a mi amiga.
— ¿De qué te preocupas? Estás en la mejor universidad, en la mejor carrera, con el mejor profesor guía y me tienes a mi —ese don que tiene ella para alabarse a sí misma, me hace falta.

Capítulo 3

Sofía

Abril, 2023

¿Les ha pasado que no pueden dormir? ¿Que su mente delira por las noches y la ansiedad se apodera de todo? Porque eso me pasa, cada noche, hace muchas noches atrás. Y no se trata de no dormir, se trata de no saber qué hacer en esos momentos y pensar a una velocidad que va más allá de lo que puedo controlar.
Me lo han dicho muchas veces: "busca terapia". Pero, no quiero. Ya suficiente tienen mis papás con sus propios problemas y peleas, como para darles otra molestia.
Me comencé a preparar para salir a la reunión con el profesor guía y me llegó un *WhatsApp* de la Vale.

Amiga del alma, esta huea del resfrío no se me quita y ya creo que tengo fiebre. Hoy te toca aperrar a ti. Recuerda llevar una agenda o un cuaderno y anotar todo, por favor.

Bueno.
Amiga, recupérate, te echaré de menos.
Me dejaste sola con el pesado del profe.

Aprovéchalo.

Y no me escribió más. ¿Qué se responde a eso? Le dejaré el visto, por mala onda. Caminé hacia el metro y me encontré con una fila tremenda para ingresar a la estación. Me acordé del metro, porque falla siempre en los momentos en que uno más lo necesita ¡Lo odio!
Tomé un bus hacia la universidad. Mientras avanzaba se fue llenando demasiado. Sentí que me faltaba el aire. Saqué mis audífonos y puse mi playlist favorita de *Spotify*. Morat me ayuda a dejar de pensar, su música me permite desconectarme del mundo un rato. Poco a poco comencé a sentir aire entrando a mi nariz, sé que suena tonto, pero así lo sentí. Me bajé antes para llegar caminando, menos mal que aún iba a tiempo.
Llegué a la oficina, saludé al profe y me desmayé.

A lo lejos sentí una voz que me hablaba, era alguien familiar. Sentía los ojos pesados y mucha luz.
— ¿Estás bien? —era mi amiga, Valentina, con una voz entrecortada. Levanté un dedo para que sepa que estaba bien, o al menos, mejor. No sé qué dedo levanté.
—¿Dónde estoy? —pregunté con dificultad.
— En la enfermería de la universidad —contestó la Vale—. Otra vez te desmayaste, pero esta vez no estaba. Perdón, amiga.
— No entiendo cómo hiciste para llegar acá —pregunté, confundida.
— Me llamó el profe, super serio, me asustó. Me dijo algo así como: "Srta. Valentina, su amiga se desmayó", y yo me levanté de una y me vine.
— Pero ¿estás enferma? —eso recordaba.
— ¡Qué importa! Eres mi amiga, ¿lo olvidas? Verdad que te pegaste en la cabeza. ¿Recuerdas quién soy?
— Chistosa —nos reímos—, me sentí muy mal todo el camino, como ahogada, jamás pensé que me desmayaría en frente del profe. ¡Qué vergüenza!

— Te vino a ver hace poco
— ¿Qué? ¿Por qué? —respondí sorprendida.
— Porque te desmayaste en su oficina, ¿qué esperabas? —me carga cuando Vale tiene razón.
— ¿No podemos cambiar de profesor guía?
— Ya estás delirando, descansa un rato. Aquí estaré.

No sé por qué le hice caso, aunque mi amiga siempre tiene la razón. Mientras cerraba los ojos creía ver la cara de él, pero no estoy segura. Por más que pase el tiempo, por más que intente no pensar en eso, vuelve a mí. La desesperación, su mano fuerte en mi cuello, ese olor a cigarro barato y su voz en mi oído. No sé si es un sueño o solo quiero dejar de sentir esto, dejar de ver su rostro.
Eso me pasa.
Ese es mi dolor.
Veo su cara en todos lados, aunque pase el tiempo.

Tenía 17 años, él 19, yo estaba terminando cuarto medio y él postulando a la universidad. Nos conocimos en el preuniversitario de la Vicaría, que queda en el Metro Los Héroes. Era joven, ilusa, no sabía nada del amor y de lo adicto que podía ser sentir algo así. Compartimos puesto en Lenguaje, jugábamos a escribirnos cosas en los cuadernos, y sin darme cuenta, me enamoré. Es ese primer amor que lo cambia todo, de un modo u otro, y a mí me hizo otra persona.
Sentía que mi mundo giraba en torno a él, me iba a dejar a la casa, luego, conoció a mis papás, comenzó a asistir a las fiestas familiares y en poco tiempo ya éramos como pan y mantequilla. ¿Saben de lo que habló? De ese primer pololeo, la primera vez en todo, en el cine besándonos como si la película no existiera, caminando por el mall comiéndonos un helado sin pensar en el mañana, asistiendo a mi primer concierto en el Movistar Arena, acompañándolo al estadio a ver a Colo Colo. Era hacer todo lo que pudieran imaginar, pero siempre de a dos.
Los meses pasaron, y los problemas comenzaron a llegar. Al principio era como un juego, me quitaba el teléfono y leía mis conversaciones en alto, con un tono burlesco, yo me reía, era como una actuación en el teatro de Shakespeare. Para mí seguía siendo amor, seguía siendo mi único amor, imaginaba pasar toda la vida con él hasta viejitos, como en *"Diario de una pasión"*.

— Nicolás, detente —le dije, mientras me agarraba del cuello.
— Pero, si te gusta —me dijo, mientras con la otra mano sostenía mi brazo.
— ¡Para, hueón! —le grité, dentro de mí todavía pensaba que era amor, tenía la esperanza de la niña que aún creía en el hada de los dientes.
— Hace rato que te estás poniendo así, estúpida —me soltó y pude respirar.
— ¿Qué quieres que haga? Que no tenga amigos, bueno, no los tendré, quieres que no hable con la Vale, bueno, me alejo de ella y haré todos los trabajos de la universidad sola. ¿Qué más hago? Me voy de la casa y ¿nos vamos a vivir juntos? —le pregunté.
— Pero, mi amor, si tú solo eres para mí, eres lo más importante, si hago todo esto es para que te des cuenta de que nadie nunca te amará así.

En ese momento no lo vi.
Tenía enfrente a un abusador, a un hombre violento y enfermo que nunca cambiaría.
Solo me di cuenta cuando no hubo vuelta atrás.

— Terminas conmigo y me mato —dijo, mientras se subía al puente donde teníamos nuestro

candado de amor, en Pío Nono.
— ¡No lo hagas! ¡No lo hagas! —le rogué.
— Me voy a matar, mierda, y será tu culpa, por terminar esta relación. Yo te lo di todo, te di mi vida, y ahora salen con esta hueá de que soy el peor hueón de Chile. ¡Te vas a la mierda! —hizo el ademán de lanzarse y pensé que realmente lo haría, pero no. Se quedó mirando lo poco que había del Río Mapocho en ese momento, y se bajó despacio.

Llegué llorando al departamento de la Vale, ella sabía que hacer, me acompañó en su cama, limpió mis lágrimas, me preparó un té y me pidió el teléfono.
Lo llamó a él. Yo no tenía la fuerza ni las ganas de hacer algo, pero ella sí.

— Escúchame bien, conchetumadre, quiero que te quede claro esto, te veo cerca de la Sofía una sola vez en la vida y te mato, culiao, no sabes todo lo que hacen mis amigos. Escucho tu puto nombre una vez más y te juro que será lo último que hagas en tu maldita vida, hijo de puta —no sabía si era un sueño o era real, solo escuchaba una voz al otro lado del teléfono pidiendo disculpas, haciéndose el loco. Así era él, así era Nicolás, el peor amor de mi vida.

Más de alguna vez creí verlo, seguirme o intentar comunicarse conmigo, pero la Vale me acompañaba, y si no podía ella, le pedía al Martin o al Felipe que me cuiden, compañeros con los que no hablo mucho, pero que estaban a mi lado si los necesita.
Hace tiempo que no perdía el control así, pero la ansiedad me supera, nunca volví a ser la misma, ni volví a respirar como antes. Aún siento su mano en el cuello, aún siento su voz, y pese a que ya van dos años de que todo se acabó, siempre el 8 de septiembre pienso en lo que alguna vez fue nuestro aniversario. Y me desmayo. Mi mente explota, de tantas formas que lo único que me queda es esto, solo existir, solo vivir, seguir cada día como si fuera parte de una película de Tim Burton, todo es oscuro, es gris, el único color de mi vida es mi amiga, mi Vale, mi salvación, la única que lo sabe todo.

Capítulo 4

Sofía

Mayo, 2023

— Perdón por lo que pasó el viernes, le juro que…
— No te preocupes —me interrumpió—. No tienes que pedir disculpas por algo así.
— Sí, tengo que hacerlo —insistí.
— Entiendo tus obligaciones como estudiante, yo también las tengo muy claras como docente, pero eres una persona. Todo está bien. Nicanor Parra lo explicaba mejor que nadie: "Sólo una cosa es clara: que la carne se llena de gusanos." Así somos, solo carne y huesos. Yo que sepa, aún no aceptamos máquinas en esta universidad.
— Gracias por la analogía, profesor —no supe qué decirle, es demasiado paciente, siento que toda la animadversión que sentí en un principio ya no existe. Es un poco lo que él dice, ya no lo veo como un robot, ahora lo veo como una persona.

Aun así, debe ser igual con todos los y las estudiantes a los que guía. Por algo se pelean en la carrera por él, fue una suerte que nos haya aceptado para acompañarnos en este duro proceso de tesis.
Además, siempre que lo veo anda con un libro, siempre anda leyendo, después de tanto conocimiento que ha adquirido sigue aprendiendo. No sé por qué, pero he sido más detallista y ahora lo sigo con la mirada cuando lo veo en el casino o camino a la facultad de humanidades.
Claramente no se alimenta bien, siempre hay verduras en su plato. En cambio, con la Vale preferimos alimentarnos con comida de verdad: Pedro, Juan y Diego o Tarragona.
Me senté en los pastos de la USACH, para algunos es el mejor lugar para tomar algo, otros para fumar como si el mundo se fuera a acabar, puede que así sea, y también estoy yo, con mi cuaderno de poemas, buscando inspiración. A veces leo lo que escribí alguna vez en la vida, en los inicios de la poesía, que ahora me suena a cursilería, pero tampoco le exijo tanto a la Sofía de enseñanza básica que solo había leído a Gabriela Mistral y pensaba que los poemas solo existían para escribir de amores imposibles. Es que así fue mi infancia. Escribía siempre del niño o la niña que me gustaba y nunca era capaz de decírselo. Era una buena forma de sacar ese nerviosismo, ese cosquilleo que sentía cuando veía a la persona que me hacía sonrojar.
Siempre fui tímida. Tenía pocos amigos, pero se me acercaban más por mi buen rendimiento, ganas de ayudar y enseñar, que por mi forma de relacionarme con ellos y ellas. Una vez una profesora me dijo que era buena escribiendo, pero jamás entendí bien para qué servía. Hasta que decidí estudiar Literatura y todo tomó sentido. Como cuando tienes todas las piezas de un rompecabezas y lo empiezas a armar, al principio es un caos, luego un caballo en un paisaje verde del sur de Chile.
Mi mamá se interesaba mucho en mis escritos, pero me daba vergüenza, nunca le he contado mis cosas, nunca supo de todo lo que pasé con Nicolás y tampoco ha visto mis heridas en las muñecas. Quizás piensa que todo anda bien, aunque la he escuchado algunas veces que le reclama eso a mi papá, que no saben lo que me pasa, pero mi papá está tan preocupado de su trabajo y sus problemas con el alcohol, que no tiene idea que en mi cabeza hay un caos constante sin solución.
Por eso me gusta estar acá en los pastos de la universidad, por eso escribo, es mi lugar seguro.

¿Les gustaría leer algún poema de los que escribo? A lo mejor, no. Quizás sea bueno para que entiendan un poco lo que siento. Lo intentaré.
Este se llama “Hay cosas que no deben decirse”.

Entre tantas cosas en la vida,
Sueños,
Rencores,
Palabras -de amor y odio-
Y momentos inolvidables.

Elegiste decir esto,
Elegiste romper-me,
Matar-me.

Disparaste,
Desde tu cama,
En la tarde de un martes,
Que no quería,
Que no sabía,
Hasta que simplemente,
Sentí el puñal.

Y no hablaré de la sangre,
Porque ahí está,
¿Y qué!
¡Lo sabes!
Sabes lo que sientes,
Y solo quería que dispararas,
Con un beso.

Esto hago para calmar el dolor intenso que me recorre en las noches. Escribo. Sí, lo sé, quizás debiese hablarlo con alguien (además de Valentina), pero es mi forma de canalizar este vacío. Algunos lo hacen dibujando o pintando obras de arte, otros van a yoga o se meten a cursos de artes marciales. Escribiendo no daño a nadie y mi dolor encuentra una forma de existir más allá de mi cuerpo.
Estaba repasando unos de mis poemas cuando vi que alguien estaba caminando hacia mí. Era un cabro con pelo largo, jeans, chalas y un morral. Andaba con una canasta llena de queques.

— Hola, señorita, ¿cómo está? -saludó de forma muy educada.
— Bien —no soy de muchas palabras, ya lo saben.
— Ando ofreciendo estos quequitos mágicos, están super buenos.

Me dio un ataque de risa. No sé qué cara tengo, llevo cuatro años en esta universidad y siempre me tratan como si fuera cachorra de primer año. Sé que son los quequitos mágicos tan famosos por acá y esta vez no caeré en esta trampa.

— No, muchas gracias, estoy escribiendo.
— ¿Qué te cuesta? -se acercó y sentí un poco de miedo.

—Dije que no… —se acercó más.
— Pero, si no es necesario que se los lleve todos, mire —sacó un queque en una bolsa de dudosa procedencia—, están recién hechos, calentitos.

De pronto, una voz que conozco le habló directamente al cabro de los quequitos.

— ¿Gutiérrez? Sabes que no puedes vender eso acá, déjala tranquila y guarda eso —era el profe, otra vez en una situación vergonzosa.

Pescó sus queques, los guardó en el morral y se fue de inmediato. Puso una cara de asustado que pocas veces he visto en otra persona, parece que también es estudiante de él.

— ¿Estás bien? —me dijo el profe.
— Sí, me asusté un poco —le confesé.
— No es para menos. ¿Qué tienes ahí? —apuntó el cuaderno que tenía en mi mano derecha.
— Mmm… ¿Poemas? —no sé por qué respondí dudando.
— ¿Eres escritora? —lo dijo sorprendido.
— Algo así, pero más para mí —es todo lo que puedo decir acerca de mis poemas, cero argumentos, nada de lo que Gabriela Mistral me pudo enseñar en la infancia. Soy un desastre.
— Cuando tenía tu edad también escribía poemas —me dijo. ¿Se han fijado que siempre cuando una persona dice algo así está declarando que está llegando a la vejez?
— Eso debió de ser hace mucho —¿bromeo con mi profesor guía? ¿Está permitido esto?
— Te felicito por tus poemas, Sofía —volvió a usar su tono culto formal—. Nos vemos el viernes —comenzó a despedirse.
— Disculpe, antes de que se vaya, ¿él es su estudiante? —no podía quedarme con la duda.
— Sí, Gutiérrez, segundo año, siempre he dictado la cátedra de “Literatura Latinoamericana I”, al igual que a usted. ¿No se acuerda?

En ese momento me sentí más avergonzada que todas las otras veces que me avergoncé con él. Fue mi profe en segundo año y no lo recuerdo. ¡Para nada!

— Pero ¿está seguro de que me hizo clases? Esto fue en el 2021 —quizás el profe está confundido.
— Seguro, usted se sentaba siempre con Valentina al final de la sala, ambas con un café del Starbucks, casi justo a la hora, lápices con muchos adornos y polerones con gorro —fue demasiado específico.
— Perdón, le prometo que mi memoria es más frágil de lo que parece —¿Cuándo acaba esto? ¿Quién está a cargo de los momentos de mi vida y me hace pasar estas cosas?
— Tranquila. Ahora sí me despido —movió su mano como quien toma un tren a Chillán en la víspera de un fin de semana—. Si alguna vez quiere, puedo leer sus poemas.

Y se fue.
Quedé con la boca abierta con la mirada perdida en el silencio de la tarde en la USACH. La situación fue lo más freak que he vivido en mucho tiempo. De inmediato llamé a la Vale para contarle. No me podía creer y de verdad no entiendo cómo le respondí así a él. Y por qué no se enoja ni reacciona mal a mis respuestas, que son raras y con poco criterio. No sé qué está pasando.

Capítulo 5

Sofía

Julio, 2023

Nada es tan simple en la vida, muchas veces juzgamos sin saber a las personas y nos equivocamos. Pero, seguimos en eso, no nos importa el contexto ni los sentimientos del otro. En eso no estoy de acuerdo y no sé cómo cambiarlo. Tengo miedo, un miedo profundo que me cuela hasta los huesos, pero siento que vale la pena.

Estábamos hablando con Juan Pablo acerca de la falta que le hace a Chile la lectura desde la primera infancia, una conversación que habíamos tenido otras veces, pero ahora él tenía en sus manos la primera edición de Papelucho, de Marcela Paz, uno de sus libros favoritos desde niño. Siempre vuelve a él, lee algunas páginas y se ríe, se acuerda de anécdotas que no siempre entiendo, pero que me gusta escuchar. Tuvo una buena crianza, padres que leían cuentos en las noches, una biblioteca en su casa que pocos tenían en los 90' y un abuelo académico de la Universidad de Chile, orgullo de su familia.

Siento que muchas veces imaginé este momento, vernos a ambos conversando así, como si fuéramos iguales, porque lo somos, pero las credenciales y las costumbres sociales nos dicen que no, en especial en un país machista como este.

Quería tomar un poco de aire y fui a abrir la ventana que tiene en su oficina. Me senté arriba de la mesa mirando hacia afuera, un paisaje soñado para cualquier persona que trabaje encerrada. Los árboles se movían al gusto del viento que soplaba con calma a esta hora.

Lo miré, como muchas veces, y a la vez como nunca lo había hecho. Quería hablar, decirle tanto, leer un poema de todos aquellos que están en mi mente y en mi corazón, pero no fui capaz de decir ninguna palabra.

Él es muy perceptivo, se acercó y me abrazó. Podía escuchar los latidos de su corazón como si se fuera a salir de su pecho. ¿Sentía lo mismo que yo?

— No te atreves —le dije, desafiando al destino, robándole al tiempo.

Con su mano derecha corrió el pelo que me ayuda a ocultar la cara y me besó. Podría decir que me lo robó, aunque yo tenía tantas ganas como él de sentir sus labios y que la distancia entre nosotros se acabe para siempre.

¿Han sentido algo así? Una explosión de sabor, de colores, de energía, química o como le llamen. Sentí que algo se estaba quemando dentro de mí y la base del fuego estaba en su boca. Nos seguíamos besando, cerró la ventana con la misma mano que corrió mi cabello y no se dio cuenta que mi aire se estaba acabando. Tuve que soltarlo. No quería, pero tuve que hacerlo para respirar. Volvió, nuevamente me besó, no sé si fueron siete o diez besos, o quién sabe por qué me puse a contarlos en ese momento, solo sé que yo quería esto, con la misma intensidad que me besaba.

Ninguno de los dos dijo algo. De nuevo me abrazó y me quedé saboreando. Sentía su olor en mi pelo, en mi cara, él me devolvió en esos pocos segundos las ganas de vivir, las ganas de existir, el sentido de la vida, como en tantas conversaciones por *Whatsapp* lo habíamos hablado. ¿Cómo explicar lo que siento? Cuántas veces le dije a Valentina, mi mejor amiga, que no era mi tipo, que no entendía por qué sentía tanta atracción hacia él.

Ya era tarde, para bien o para mal había caído en su trampa, yo era la presa, tal como Bella en Crepúsculo cayó en los brazos de Edward. Juan Pablo para mí era lo más parecido a un vampiro, pese a su edad se ve joven, su piel brilla y tiene una sonrisa que es linda, pero si caes en ella será mortal.
El calor invadió mi cuerpo, los nervios se apoderaron de mis manos. No sabía qué hacer después de eso. ¿Lo abrazo? ¿Lo beso de nuevo? ¿Qué viene ahora? Las parejas se dicen cuánto se aman ¿lo amo? No somos pareja, ni amigos. Me molesta eso, quiero saber qué somos. Mi cabeza quedó en blanco.
Sentí un extraño placer en sus besos, se mostró desesperado, siempre está tan calmado, tan dentro de sí mismo y su papel de profesor. Era más como una bestia sedienta de mí, vi sus ojos, su mente estaba totalmente entregada a ese beso, igual que yo.
Imaginé tantas veces este momento, cada noche ¡Al fin es mío! ¡Al fin lo tengo! Quiero decirle tantas cosas, pero no me atrevo, me gustaría decirle que su lengua es torpe y que abrió mucho la boca, pero a quién le importan esas cosas ¡lo disfruté! Quiero más, me hice adicta a sus besos. ¿Querrá morderme? Eso sentí en algún momento, que lo haría, tuve una sensación de miedo y de que lo haga, por favor "muérdeme", Juan Pablo.
Todas esas sensaciones me inundaron mientras seguíamos abrazados. Decidí huir.
Ni siquiera me despedí. Quería arrancar, no de miedo, ni algo similar. Sentía una energía dentro de mí que no reconocí, algo que me decía que lo mejor en ese momento era correr. Todo era nuevo. Llamé a Valentina, necesitaba verla.

— ¿Por qué te tocas los labios? Hueona —me dijo mi amiga, riéndose de mí.
— Siento que me traje su alma o algo así —perdón el delirio.
— Estás muy loca, amiga. De verdad, entre tres mil estudiantes, entre seis millones de personas en Santiago, tenías que comerte a tu profesor guía —parecía un reto o algo así, pero no, es la forma en que la Vale me dice que todo lo que hice lo tenía que hacer—. ¡Eres única, amiga!
— No sé cómo todo esto pasó tan rápido, como pasamos horas hablando por *Whatsapp*, cómo coincidimos en tantas cosas y aun así no está bien lo que estamos haciendo.

En serio pienso eso, no quiero perjudicar al profe en algo, sé que para la universidad está mal y capaz que también para toda la sociedad.

— Deja de hablar como los curas, Sofía —nuevamente usó el sarcasmo para despertarme—, esa moralina ya no existe, estamos en el siglo XXI y ahora dos personas solteras pueden hacer lo que quieran.
— ¿Y la diferencia de edad?
— ¿No pensaste eso antes de besarlo? —me dijo.
— Él me besó —respondí.
— ¿Y tú crees que yo nací ayer? Te conozco, sé que te gusta, y ahora lo degustaste, más encima. No te hagas la loca, como te he dicho siempre ¡disfrútalo!

Ella siempre es la culpable de todo y por eso la quiero tanto. Sabe lo que siento, lo que quiero, lo que necesito. ¡La amo tanto!

— Mientras nadie en la universidad se entere, todo estará bien —me aconsejó.
— ¿Cómo se hace eso? ¿Por qué tengo que ocultar esto que siento? —no sé si fue un reclamo o una reflexión.

— Insisto, ¿por qué no pensaste todo esto antes de besarlo, amiga?
— ¿Desde cuándo pienso?
— No lo sé, la verdad no sé qué harías sin mí.

Nos quedamos en el Starbucks de Estación Central hablando, riendo, sintiendo que no quería olvidar este día, olvidar ese beso, su mano sujetando mi cara con cariño, con aprecio, como si valorara lo que soy. Ese respeto y pasión al mismo tiempo. ¿Así tiene que ser? Mi mente comenzó a volar, sentía la velocidad de mis pensamientos. Lo único que tenía claro, era que quería otro beso.
Me fui escuchando a Carla Morrison en Spotify, la canción “Disfruto” me entrega paz, ella sabe lo que yo siento en este momento.



Capítulo 6

Sofía

Mayo, 2023

El tiempo entrega respuestas, pero no al mismo tiempo que hacemos las preguntas. Ese es un problema sin solución. A veces todo tarda años y en ocasiones tenemos al frente de nuestras narices las explicaciones y simplemente no las vemos.

Hicimos un ejercicio simple con Valentina. En un cuaderno vimos todas las formas en que va a seguir nuestra vida después de terminar la carrera de Literatura, indicando las variables que pueden definir el futuro cercano. ¿Nos casaremos? ¿Tendremos hijos? ¿Qué queremos? Porque la sociedad define nuestra vida, en especial la vida de las mujeres así: si nos casamos, somos exitosas, si tenemos hijos o no, también define ello, en cambio, si decidimos no ser madres ni quedarnos en la casa al servicio de un hombre, somos fracasadas. Pero, estamos en el año 2023, podemos elegir, y la verdad, no quiero ni marido ni hijos. Por otro lado, mi amiga sí, ella imagina su vida en una casa grande, con muchos hijos y muchos libros, siempre repite lo mismo: "Mi vida será tener la misma cantidad de hijos que libros". Está completamente loca. Aunque, así como va no tendrá ni lo uno ni lo otro.

Su experiencia con los hombres ha sido pésima, con las mujeres ha sido mejor, pero el tiempo no las acompaña. Su última polola era de la carrera de Filosofía, una flaca, rubia, con un perfume caro y muy rico, que se sentía a kilómetros. Siempre pronunciaba mucho las "s" y se vestía como la Yoko Ono.

Se besaban como si el mundo se fuera a acabar. Quiero mucho a mi amiga, pero de verdad ser el violinista es paja molida. Siempre buscaba una excusa para arrancar, soy buena en eso.

— ¿Y si el amor de tu vida es una mujer? ¿Piensas mantener la decisión de tener hijos? —le pregunté a mi amiga, mientras elegía un croissant en el casino de la universidad.

— Se puede adoptar, po' —me contestó.

— No sé si es tan fácil, pero sería bueno que comiences a escribir el libro, al menos. ¿Te decidiste? —le dije, de verdad interesada. Es complejo que una licenciada en literatura aún no tenga una publicación, requisito excluyente para postular luego a un postgrado.

— Novela, ficción, no sé, algo así. No tengo el talento que tienes tú para la poesía, si ese libro que tienes en la mochila se publica, lueguito estaríamos celebrando el Nóbel jajajajaja —siempre se ríe de mis poemas, pero estoy segura de que también es mi fan número uno.

— Hace poco escribí uno acerca del profe, no pude evitarlo.

— Tú eres la que realmente está loca, él debe estar casado, tener hijos, una millonada con todo lo que gana acá en la universidad, cinco perros y hasta una amante.

Jamás lo había pensado así. ¿Qué tanto tenemos después de los 30 años? ¿Ahí es donde nuestra vida ya está definida?

— Pero, amiga, es joven aún para todo eso —le dije, dando a entender que ya había investigado por mi cuenta.

— ¡Mírate! Qué estás grande, has aprendido de la mejor. Cuéntame qué averiguaste —me gusta que no importe lo que pase, ella siempre me apoya en todo. ¿Les pasa con sus amigas?

— La universidad tiene un repositorio con todos sus académicos, hasta los que trabajan part-

time. La información simple está en todas partes, titulado acá mismo con un Magíster en Lingüística en la Universidad de Barcelona, académico hace cinco años, se casó joven a los veinte años y se separó a los treinta, no alcanzó a llegar a la crisis de los once años de matrimonio, tuvo dos hijos y vive en la casa de sus padres —le hice un pequeño resumen a mi amiga.
— Hueona, me dejaste con la boca abierta —me miró directo a los ojos—, por qué buscando tanta información, ¿qué onda?
— Te conté lo del otro día, cuando me dijo que había sido nuestro profe antes y no lo recordaba, y me puse a buscar todo, sabes que cuando empiezo no me detengo —y es verdad—. Luego, busqué las historias de Instagram de la época y me encontré con una cara depresiva, en serio está muy cambiado, quizás por eso no lo reconocimos.

Era el profe buena onda, que daba oportunidades y buscaba la forma de ayudar siempre a todos y todas a pasar su ramo, pero su vida debe haber sido un caos muy profundo, lo que lo mantenía en un tono gris, nublado variando a parcial. Ahora, en cambio, se ve con energía, hasta bajó de peso, quizás hace deporte, no lo sé.
Al menos, me sentía con más confianza para la próxima vez que tengamos que hablar. No me gusta que me pillen desprevenida, odio las sorpresas.

Llegó el viernes, estaba ansiosa.
Saqué mi cuaderno de poemas, para que esté a la vista del profe. Es mi oportunidad.
Entramos a su oficina, me senté en el lugar de siempre y la Vale a mi lado.
Escuché atenta todo lo que dijo, las correcciones y las preguntas que quedaron pendientes para la próxima entrega. Decepcionada comencé a guardar todo.

— ¿No quedó conforme con algo?, Srta. Sofía —me preguntó.
— Mmm… no tiene que ver con la tesis, sólo quería cobrarle la palabra y traje mis poemas.

Siento que me estoy lanzando a una piscina y no sé si hay agua.

— La Srta. Valentina, puede retirarse —le dijo a mi amiga y ella simplemente se fue. No antes de mirarme y comunicar con sus ojos lo que yo sabía que pensaba—. Para mí la poesía es lo más sagrado que existe, así que, si quiere compartirla conmigo, feliz la leo y si acepta mis observaciones, podemos crear algo único.

Le entregué el cuaderno como quien entrega su alma. Sentía mucho nerviosismo, después de tantos estudios, tantos libros que han pasado por su cabeza, ahora tiene algo que yo escribí y lo va a juzgar. No sé si es miedo, ansiedad o simplemente alguna nueva emoción.
Se quedó leyendo con atención, por algún motivo me sonrojé, sentía que realmente el profe me estaba conociendo, o al menos una parte importante de mí. Me acerqué a la ventana, la abrí y me quedé pegada mirando el paisaje. Estaba atrapada en mis pensamientos, en mis delirios y su voz me interrumpió.

— Me sorprendiste, no esperaba este nivel de poesía —quedé con la boca abierta—. Esto, sin duda, hay que publicarlo. Estamos hablando de temáticas actuales, una naturalidad para que tus poemas encuentren lectores asiduos, empáticos, que sufran lo mismo que tú.
— No estoy sufriendo —respondí rápido, mientras seguía mirando por la ventana. Mentir era mi

forma rápida de alejar a las personas que intentan saber lo que siento.
— Sufres, y mucho, aunque lo niegues. La profundidad con la que escribes me llega a doler a mí. No necesito que me cuentes qué te pasó, la poesía no se explica, aunque muchos literatos intenten buscar respuestas donde no las hay —su voz, su confianza, la forma en que mueve las manos cuando habla y su seguridad, me gustan.
— No me gusta hablar de mi vida privada, llevo años escribiendo —expliqué.
— ¿Te puedo contar algo? —sentía que quizás esta respuesta debía pensarla bien.
— Sí, cuénteme.
— Existen cinco etapas del amor: Enamorarse, pareja, desilusión, amor real y, por último, el poder de cambiar el mundo. No sé si alguna vez has investigado de esto —negué con la cabeza. Estaba anonadada, no entiendo por qué me habla de esto—. Como te explicaba, la primera etapa es la más conocida, dos personas están embobadas, se desean con tanta intensidad que todo el resto del mundo no tiene importancia, solo se quieren al otro y se hacen promesas imposibles, con tal de estar juntos. También le llaman amor juvenil.
— Entonces, lo que usted dice, profe, es que ¿mis poemas hablan de esa etapa? —el tema es muy interesante, pero no soporto no entender para dónde va.
— No te adelantes. Para comprender esta etapa basta con ir a la Quinta Normal un día por la tarde y verás el amor juvenil en su plenitud —me miró como con una cara graciosa y prosiguió —. La segunda etapa también es conocida, pero no todos llegan a ella, acá hablamos de unión y alegría, hijos, vinculación, incluso en algunos casos, la decisión de vivir juntos o de casarse. Sé que suena extraño, pero se espera que un cincuenta por ciento de las parejas lleguen a esta etapa.
— No creo que alguna vez en mi vida llegue a ese momento —le comenté bromeando, cada vez siento más confianza.
— Ahora te invito a conocer una de las etapas más comunes, y eso que a nadie le gusta. La desilusión, acá todo cambia, lo que alguna vez no te importó, te molesta, todo lo que hacías en la primera y segunda etapa ya no estás dispuesto o dispuesta a hacerlo por ningún motivo. El sexo desaparece y necesitas con urgencia la distancia. Acá es donde aparece con más frecuencia la infidelidad, la desconexión se ve de todas partes, pero nadie está dispuesto o dispuesta a asumirlo. La ilusión se muere y con ello la relación. Es una de las etapas que más conozco, pero no es momento para hablar de ello —se hizo un silencio incómodo, luego de ello continuó—. La única forma de llegar a la etapa cuatro, es la comunicación. Decir de frente lo que sientes y comprender que la otra persona está pasando por un momento frágil, en ocasiones las lágrimas permiten encontrarse con el otro o la otra, y ahí nace el amor real. Al descubrir las heridas del pasado, al exponerlas a la pareja, llega la sanación y esto permite ver a una persona maravillosa que decidió, al igual que tú, amar. Es una ventana, una oportunidad, de entregarse por completo con todas tus debilidades a quién te ama, este amor es menos eufórico, pero perdura, porque entiende que somos personas, que existimos gracias al pasado y a la crianza que nos formó, como jarrones de greda. Ya no hay exigencias, comienzas a caminar de la mano de esa persona y simplemente se unen para siempre.
— Usted también es poeta, profe —estoy maravillada con este relato, en serio no puedo dejar de escucharlo.

Se quedó mirando por la ventana, como quién observa hacia el pasado y viaja hacia ese momento. Como si se viera a sí mismo en algún punto de su línea temporal y no pueda cambiar nada.
Reconozco esa mirada porque lo he hecho mil veces, esa ventana abre un vacío que tenemos guardado en el corazón, no es una pesadilla, es un instante de felicidad que perdura y vuelve de

vez en cuando para recordarnos que la vida es un océano en donde a veces salta un delfín.

— Por último —siguió hablando mientras miraba hacia la ventana—, está la etapa que permite que ese amor que viven, que es real y que perdura, cambie el mundo. La tierra está en constante movimiento, conflictos internos y externos, terremotos, calentamiento global, guerras, por lo que amar es un acto de rebeldía, de esperanza, de ejemplo que permite confiar en la existencia de un futuro. No sabemos si despertaremos con vida al otro día, nadie lo sabe, ni los reyes ni los millonarios, ni pobres, ni la clase media, por eso esta etapa es un acto de fe, es renunciar a los miedos y decidir la vida en compañía hasta la vejez o la muerte. Aquí es donde Nicholas Sparks aparece y relata muy bien esta etapa en Diario de una pasión.
— Sí, amo esa novela —le dije. No podía creer que el profe use de referencia uno de los libros que más amo en la vida. Su forma de escribir, los relatos, las historias, los personajes, son todo lo que alguna vez me gustaría escribir.
— ¿Sí? Qué coincidencia, también admiro al escritor estadounidense —hizo una pausa y luego apuntó mi cuaderno—. Todo lo que te dije, esta vuelta larga que me di es para que comprendas qué es lo que viene después del amor.

Capítulo 7

Juan Pablo

Abril, 2023

¿Cómo imaginan su vida? Yo no siempre me proyectaba con los años, pero siempre supe que quería ser papá, quería tener una familia, una esposa, casa, trabajo y tradiciones chistosas como las que se pasan de generación en generación. Nacer en una familia rica no es la gran cosa, más cuando mi orgullo me ha obligado siempre a mantener a raya las comodidades que mi padre ha querido que tenga, lo que sí ha influido siempre es la tradición católica de la existencia de un Dios que te mira siempre, observa y juzga a cada instante. ¡Qué terrible! Así no eres libre, siempre he tenido que cargar con la moral, esa que te dice qué hacer y que no, que te obliga a ir cada domingo a un lugar a sanar tus pecados cuando toda la semana fuiste otra persona. Por eso me rebelé a mi familia, al machismo, a costumbres antiguas que nadie entiende que aun existan. Para mi padre los libros han metido ideas peligrosas en mi cabeza, son los culpables de que hoy no sea la persona que él espera.

Hace cuatro años que nos divorciamos con Paola, hace cuatro años que no duermo con mis hijos, en mi cama, hace cuatro años que no le preparo el desayuno a mi ex esposa y no entiendo cómo pasó tanto tiempo. Mi refugio para sobrellevar todo es mi trabajo, el lugar en donde puedo entregarme de lleno al aprendizaje, a la literatura. Hablo de la universidad.

A los diecisiete años decidí tomar un camino diferente al de la tradición familiar, quienes habían estudiado en la Universidad de Chile, yo sabía que lo mío era la Universidad de Santiago, la querida USACH. Para mi abuelo era el centro social del comunismo, para mi mamá un lugar lleno de pobres y para mi papá, la perdición de su único hijo.

Desde ahí, han pasado tantos años, que cada día que llego a mi oficina o a la sala me siento en paz conmigo, agradezco tanto haber elegido otro rumbo, uno mío, escrito con mi esfuerzo y perseverancia. Ellos se negaron a pagarme los estudios, sin duda, qué vergüenza, pero yo, fiel a mis sueños, a mis principios, estudié con un crédito que se llama Fondo solidario. Una oportunidad para seguir mis propios pasos.

Pero, siempre mi carrera ha estado marcada por decisiones difíciles, si caminas distinto, tienes que asumir la realidad, la soledad. Mi vida no es compatible con la que soñaba mi mujer, Paola se adaptó a mis horarios, juntos construimos nuestra familia, al Guille y al Gonzalo, de seis y cuatro años, pero, con el pasar de los años las cosas dejaron de ser lo que eran. La rutina era la mejor compañera, como padres éramos los mejores, como pareja, un desastre, nunca pasábamos tiempo juntos, y cuando salíamos intentábamos revivir un recuerdo, una relación que ya no fue. Estuvimos así los últimos dos años, hasta ese día, el día de la conversación.

Un viernes invernal, un día de esos en que llueve como si el mundo se fuera a acabar. Estábamos en un café del Barrio Lastarria, intentando sacar todas las emociones, no sé si ambos sabíamos a lo que íbamos, pero ya era tiempo de decirlo.

— No sabes lo feliz que soy con los niños, nuestros hijos, pero lo nuestro no se siente así, no se siente la emoción del primer beso, ni del último —se lo dije entregándole mi corazón, tal cual es.

— ¿Por qué no nos dimos cuenta? ¿Por qué ahora? ¿Qué haremos con los niños, con nuestros sueños, la casa? —sus lágrimas brotaban silenciosas en medio del ruidoso café.

— No tengo todas las respuestas, pero lo que sí sé es que alguna vez nos amamos y mucho,

alguna vez tuvimos un proyecto juntos y lo dimos todo. No me arrepiento de nada. Ahora es momento de dar un paso al costado, de seguir nuestros proyectos de vida y dejar de sentir esto que me está matando por dentro —no lo pude decir de otra forma, no hay manera linda de expresar lo que sentimos, solo hay una manera: con la verdad.
— ¿Tienes otra? Dímelo de frente, tienes otra —me lo dijo con un dedo apuntando mi cara.
— Si hubiera otra todo sería más fácil, porque así el motivo no sería la falta de amor de nosotros dos. Cada noche nos acostamos uno al lado del otro, no conversamos, estamos exhaustos, pero también estamos inmersos en una relación que ya no tiene sentido y lo sabes, ambos lo sabemos —nuevamente le entregué mi corazón, se lo dije todo, lo que me guardé por tanto tiempo.

Y no está bien guardarse las cosas, porque encuentran la forma de salir. Recuerdo de inmediato todas las veces que nos recriminamos cosas con la mirada, que nos culpamos y no fuimos capaces de decirlo. Vivimos en una mentira, en algo que algún día fue amor, pero ya no lo es.



La fui a dejar a la casa y me quedé mirando afuera. No sabía por qué, aunque lo que sí sabía, era que jamás volvería a ver esa casa como antes. La lluvia me permitió llorar y disfrazar las lágrimas. la lluvia me permitió sufrir en silencio en medio de la nada.

Al igual que Paola, en ese momento me preguntaba ¿qué viene ahora? ¿Qué pasa después de diez años de amor, de promesas, de una vida entera, de errores y momentos que jamás volverán?
Me encerré en el trabajo, en los libros, en mi departamento vacío, en el sillón que fue mi cama por meses, me encerré en mí mismo.
La vida comenzó a avanzar de otra forma, más lenta, solo iluminaban mis días los fines de semana con el Guille y Gonzalo. Salíamos a los parques a jugar, a comprar helados y no tomarlos, a caminar, correr y no pensar en el domingo, no pensar en el momento en que los iba a dejar a su casa. El abrazo de mi hijo menor hacía que mis huesos se cuestionaran la vida entera. ¿Por qué no puedo vivir con ellos? Sabía esa respuesta, pero me la seguía preguntando una y otra vez.
Pasaron los meses, algunos años, y por primera vez en mucho tiempo, comencé a sentir algo más que pena por mí mismo.
El jefe de la carrera habló conmigo, quería que asumiera otros desafíos, que me dedique a apoyar a los y las estudiantes que este año comenzaban a trabajar en el proyecto de tesis. No sabía si estaba preparado o no, pero acepté esta oportunidad.
De todos los trabajos que recibí al principio del semestre me llamó la atención uno: “Literatura feminista del siglo XIX”, no por el título en particular, sino por la forma de la escritura, estaba frente a poesía que jamás había leído. Parecía como si fuera una persona que no es de acá, de este país. Necesitaba saber más, ahondar en quién era ella, Valentina o Sofía, ambas tenían su nombre en el trabajo.
Llegó el viernes, eran las nueve de la mañana, pero aún no aparecía ninguna de las dos estudiantes en mi oficina. Leí nuevamente el trabajo, tenía algunas preguntas por resolver. Estaba

terminando cuando sentí que alguien golpeaba la puerta. Las hice pasar. Ambas tenían una forma similar de vestirse, usaban mochilas de colores y no tenían un aprecio evidente por el peinado.

— Muchas gracias por la puntualidad —les dije, ojalá algún día los y las estudiantes en Chile entiendan lo importante que es no solo llegar a la hora, sino antes, eso es puntualidad.
— Disculpe —respondió una de ellas—, no quiero que se lleve una mala impresión, lo importante es que ya estamos aquí —¿Ella será la que escribió el trabajo?
— Ok, tomen asiento, por favor —les dije, aun con la duda en mi cabeza, quería decir tantas cosas, pero ante todo un profesor se deja llevar por la profesionalidad y no por la pasión de la escritura, lo aprendí en segundo año de universidad.

Tomé la carpeta con sus datos para que piensen que estaba revisando algo importante.

— Muy bien —comencé—. Entonces tenemos acá a Valentina Soto y a Sofía Montes, estudiantes de último año de Literatura. ¿Es correcto? —dije sin mirarlas.
— Sí, correcto —respondió la joven más pequeña, su tez era clara como la de los vampiros en las novelas de ficción—. Ella es Valentina y yo Sofía —¡Por fin! Ya sé quién es quién. Ahora vamos con las formalidades.
— Perfecto —les dije— la forma de trabajo es muy sencilla, todos los viernes nos reuniremos en esta misma oficina, puntualmente a las nueve de la mañana. Les pediré avances específicos para ir confeccionando su proyecto de tesis, el que me tienen que mandar por correo a más tardar el jueves a las cuatro de la tarde. Les entrego su retroalimentación y escogemos los libros que les serán de guía en este proceso —Sofía estaba mirando la ventana, estaba pegada como si se hubiese ido del lugar—. ¿Está poniendo atención? señorita —comenté con ironía.
— Sí, disculpe —bajó su mirada con vergüenza, su amiga me miró con cara de pocos amigos, pero no me importó. Estoy acostumbrado.
— Por favor, firmen aquí su asistencia a la primera reunión —les dije, mostrando la hoja con sus nombres y todas las fechas de las reuniones.

Me despedí de forma cordial y abandonaron la oficina. Sentí algo extraño, difícil de explicar, pero asociado a lo que leí podría decir que estaba emocionado, hace tiempo que no me interesaba tanto un trabajo académico. A diferencia del resto de trabajos que caen en el saco de “lo mismo de siempre”, estaba frente a algo muy interesante.

Capítulo 8

Sofía

Mayo, 2023

"Después del amor", me quedó dando vueltas esa frase que dijo el profe al final de su reflexión. Me dieron ganas de escribir un poema de eso. Agarré mi cuaderno y las palabras comenzaron a salir como si hubiesen estado atrapadas por mucho tiempo. Brotaban como el agua en un río de Valdivia. No podía dejar de escribir, de verdad estaba emocionada.

Seguía pensando en eso, en la conversación, en los poemas, en su teléfono, me dijo que le escriba cuando quiera al *WhatsApp* y podríamos seguir hablando de poesía. ¿Eso quiere? ¿No podemos hablar de algo más? ¿Le escribo al tiro? O espero a que él tome la iniciativa. ¿Qué harían ustedes?

Me quedé dormida abrazando mi cuaderno de poemas, pese a que para mí significaba la vida entera, jamás pensé que para otra persona también tendría relevancia. Mi mamá siempre me ve escribiendo, pero no pregunta, no sé si por falta de interés o porque le gusta verme así, escribiendo, sabe que soy feliz cuando lo hago. En cambio, para mi papá es algo raro, siempre hace bromas, me dice que pierdo mucho tiempo, que así es difícil ganarse la vida acá, y pese a que siento que tiene toda la razón, me gusta escribir.



En la noche una pesadilla apareció en mis sueños. Fue tan real que desperté agitada, lo primero que hice fue revisar mi cuello, no estaba su mano, no había marcas.

Temblaba, aun siento que puede hacerlo, que sus ojos intentan lastimarme. Me senté y abracé la almohada, no quería moverme, no quería volver a sentir que estaba cerca. Estoy herida y nadie lo sabe, estoy herida y nadie puede ver todo lo que me duele, todo lo que recuerdo y sé que vivo a diario. Me costó dormir de nuevo, mis audífonos y *Spotify* fueron la compañía que necesitaba.

Al otro día fue todo un desafío levantarme. Odio las noches así, no ocurre siempre, pero me afecta de tal forma que todo el día estaré con el sentimiento de que está cerca, ese maldito está cerca.

Había pensado en un poema y me atreví a mandárselo al profe, necesitaba relajarme, el poema se llama: "Broken"

Revisé cada parte de mi cuerpo,
buscando la herida.
Revisé mis pensamientos,
mientras dormías,
para entender el dolor.

Tu respiración entrecortada interrumpió mis palabras,
rompí la hoja de papel y lancé el lápiz,
no quería seguir escribiendo,
sabía lo que pasaba y estaba a punto de dejarlo en el poema.

En tus sueños viajas a lugares a los que yo nunca iré,
porque no estaré,
porque no serás tú en ese tiempo,
el que me despierte en las noches de frío,
no serás,
ni yo seré,
esto en algún momento se acabó y no lo vi.

Dejaré de llorar,
solo para ir al baño y maldecir al espejo,
veo mi silueta.

Estoy rota.

Pasaron unos minutos, apareció el "ticket de visto" en *WhatsApp*. Luego, "Escribiendo…", no sabía si hice bien en mandar el poema. Respondió: "Juntémonos en la cafetería de la universidad".
Estaba en shock, ¿voy o no? ¡Voy!

La cafetería estaba vacía, en una esquina, en una mesa para dos estaba el profe, con otra de sus chaquetas viejas, unos jeans y zapatillas cómodas. Me acerqué entre la pena y la vergüenza, estaba muda, sin habla, como si alguien hubiese pasado y me robara la voz. Me senté.

— Tu poema es muy potente ¿estás bien? —me preguntó.
— Es poesía, no todo es real o todo ficticio —le dije intentando huir de la verdad detrás del poema.
— Como quieras —ignoró mi excusa—, tu poema tiene tanta intensidad, es como si sintiera dentro de mí lo que escribes. Es inevitable pensar que estás pasando por algo relevante en estos momentos.
— Y si fuera así, ¿qué importa? —activé mi modo "a la defensiva".
— No busco entrometerme, por ahora solo me interesas tú. Me intriga la forma en que escribes, tus poemas, y la forma en que te desenvuelves es tan contraria a la Sofía que relata, que expresa en lo escrito lo inigualable.

De inmediato mis pómulos se enrojecieron, no soportaba que hablara así de lindo de mis poemas, de mí, como si realmente le importara. Si ni siquiera nos conocemos. ¿Por qué siento esto?

— Bueno, hablemos de poesía, pero no de mí —quiero mantener la distancia.
— Hablar de poesía es hablar de lo que sentimos, el otro día quise intentar explicarte eso. Tienes huellas evidentes del amor en ti, en como miras, en cómo te tocas el cuello, en tus poemas.

No podía creerlo, llegó demasiado lejos. Me paré y sin decir nada me fui.
Caminé derecho a la puerta y salí sin saber hacia dónde iba. Me quedé quieta afuera. Y llegó él.

— Perdón —dijo el profe—, no quiero que corras ni que arranques, solo quiero que sepas que yo lo veo. Llevo demasiado tiempo viviendo sin amor, demasiado tiempo pensando en qué hice mal en mi vida, en por qué existo y estoy aquí.

Me dio un abrazo y sentí que hasta acá llegó mi modo “a la defensiva”. Acepté sus brazos, acepté un poco de mi dolor y me derrumbé en lo que siento. Todo lo que había escrito y sacado aún estaba dentro de mí y quizás me acompañe durante toda la vida, pero su abrazo, el abrazo del profe, me dio paz.

— Puedes decirme, Juan Pablo —dijo con dulzura—, no es necesario que me sigas diciendo profe.

Capítulo 9

Juan Pablo
Julio, 2023

¿Qué estás haciendo? Me he hecho esta pregunta todo el tiempo. No comprendo, no actúo así, es decir, sí, soy yo, así actúo cuando siento algo por alguien, pero ella no es cualquier persona, es mi estudiante, soy su profesor, y estaré en su proyecto de tesis hasta el final, incluso, tengo que evaluar su examen de grado. ¿Cómo sigo como si nada cumpliendo mi rol de profesor si en lo único que pienso es en besarla? Y no puedo hablar esto con nadie, solo con ustedes, por lo que espero sepan mantener esto en secreto.
Pienso en ella, en su voz, sus silencios y en todas las conversaciones por *WhatsApp* que hemos tenido. ¿No se enteraron? Llevamos más de 2 semanas hablando día y noche, y no me cansa, me siento acompañado, creo que coincidimos en muchas cosas, además de la poesía, nos llevamos bien en la forma en que debemos tratarnos, aunque aún estoy intentando que sepa despedirse y deje de huir.
Sé que esta etapa del amor es así, pero no puedo controlarlo. Me da miedo eso, es difícil saber qué hacer o decir, que mi corazón se acelere y ella se dé cuenta que todos estos sentimientos me llegan de golpe como si fuese un niño de 15 años enamorado. Qué loco, ¿no?
Tengo que hablar con alguien, y ese alguien no puede ser ella, siempre fue mi mejor amiga, mi esposa y mi confidente, pero Paola tiene ahora sus propios asuntos y sería estúpido de mi parte llamarla para esto. ¿Se imaginan? “Hola, cómo estás, acá tu ex marido, te quería contar que me enamoré de nuevo”. ¡No! No está bien. Lamentablemente soy de pocos amigos, vivo entre el encierro de mi trabajo y la vida de un padre que ve a sus hijos semana por medio. Las películas, series y los libros son mi mejor compañía, mis amigos, viajo a otros mundos o multiversos.
Decidí ir a mi lugar seguro, a ver a mi mamá.

En la casa de mi mamá todos los días son soleados, y no tiene que ver con el clima, sino con la forma en que trata a las personas. De ella aprendí eso, a saludar siempre, decir “gracias”, pedir perdón, despedirme y si en algún momento tengo que querer, lo hago así. Me bajé del Metro y caminé hacia su casa. Desde lejos vi el ciruelo de la entrada, está bien grande, no sé cuántos años tiene, solo recuerdo que siempre hay que tocarlo antes de entrar a la casa. Mi mamá siempre decía que la naturaleza tiene la capacidad de absorber las malas energías. Saludé a Berta, la nana de la casa, una mujer que lo ha dado todo por la familia.

— Está muy grande, Juanpi —me dijo cariñosamente.
— Gracias, Bertita, usted no cambia, sigue siempre igual —le respondí. Y era verdad, siento que llega un momento de la vida en que los años no pasan.
— ¿Cómo están los niños? —preguntó.
— Están creciendo como la mala hierba —siempre le tiro el mismo chiste.
— Así es, los niños crecen y de repente los tenemos al frente, ya adultos, como ahora lo veo a usted —reflexionó, siempre sabe qué decir en cada momento—. No lo interrumpo más, su mami lo está esperando.

Avancé intentando evitar a mi papá, pero la inevitabilidad de la vida me jugó una mala pasada. Estaba sentado leyendo un diario que no soporto. Me miró y saludó como si nada, como si todo

lo que pasó alguna vez nunca fuera. Y sí fue, lo recuerdo. La noche en que les dije que me iba a separar, aquella vez que lo entregué todo, que fui honesto como nunca en la vida. Su única respuesta fue decir que no era su hijo, que un hijo de él jamás le haría pasar por una vergüenza así. Me dio vuelta la espalda cuando más lo necesité, y eso nunca, pero nunca lo tiene que hacer un padre, y menos uno que se dice ser tan bueno en ello. No piensen que soy rencoroso, no saben lo que duele que la persona que más admiras y amas en la vida te haga algo así, desde niño siempre quise ser como él, pero ahora, a mis treinta y cuatro años, es solo una imagen vacía de alguien que dejó de ser quién fue.

— Hijo, has vuelto a tu casa, como corresponde —siempre elige comenzar con una broma o una cita bíblica, nunca lo tengo tan claro.
— Vine a ver a la mamá —le respondí, brevemente.
— Sabes dónde encontrarla, Juan Pablo —dijo, mirando hacia su cuarto de pintura—, pasa horas ahí, más del tiempo que pasa conmigo.
— Gracias, papá —le dije, sin darle importancia a su comentario.

Seguí adelante, como siempre en la vida. Abrí la puerta del cuarto de pintura y la vi sentada mirando por la ventana, no sé si el paisaje que quería pintar frente a la tela en blanco que tenía en un atril, o simplemente estaba mirando el destino, el futuro o el pasado. La abracé, sin mirarme ella sabía que era yo. Siempre fui el niño de sus ojos. Si supiera que yo necesitaba ese abrazo mucho más que ella.

— Mi amor, mi Juanpi, tu aroma a café y tus manos frías, inconfundibles —me dijo, mientras se dio vuelta para saludarme.
— Hola, mami —la saludé con el abrazo que ahora yo necesitaba.
— ¡Qué intensidad! Hace mucho tiempo que no te veía así —¿les conté que mi mamá tiene ese don de saber lo que me pasa o siento con solo mirarme? Es como un superpoder.
— Es que hace tiempo no sentía que me amaran de verdad, mamá –las lágrimas comenzaron a salir sin percibirlas, estuvieron mucho tiempo guardadas, solo buscaron una salida y en mis ojos encontraron el lugar ideal.
— Tranquilo, mi amor, acá está su mamá —estaba abrazado a ella como si tuviese cinco años y me hubiese caído en la bicicleta. No podía dejar de llorar.
— No entiendo cómo estuve tantos años sin sentir esto, cómo olvidé lo que es amar, cómo dejé que pasara todo lo que pasó y no verlo, mamá, ¿estaba ciego? —le pregunté desde lo más profundo de mi corazón.
— Solo vivimos la vida, nadie nos prepara, ni tus padres fuimos capaces de decirte qué pasaría y que no —dijo mientras me consolaba.
— Formé una familia, mamá, y jamás me di cuenta de que las cosas no estaban bien, que el amor se había ido, que ya no me sentía amado, que no estaba en los brazos que alguna vez sí quisieron que yo fuera la persona de toda su vida. De verdad no lo vi, no sé cuándo se apagó todo, dejé de ser la persona que era, me volví solo la sombra del niño y joven que criaste con tanto amor y quería conquistar el mundo.
— Siguen siendo, o al menos ahora lo veo de nuevo, te veo sentir, apasionarte, tienes en tus manos un tesoro que aparece muy pocas veces en la vida. piensa en toda esa gente que vive sin amor, y además de tus hijos, ahora estás sintiéndote vivo otra vez, ahora puedes ser el padre que ellos necesitan, veo la luz en tus ojos, los colores en tu rostro, eres mi Juanpi, has vuelto a casa —tomó mi cara y me besó la mejilla.

Ella siempre tiene la razón. Por demasiado tiempo fui oscuridad, no puedo dejar que esto que siento se vaya, que todo el amor que Sofía me da se me vaya de las manos, pero ¿cómo lo hago? ¿Cómo hago para que estemos juntos?

— Necesito tu consejo, mamá —le dije, ya un poco más calmado, ahora podía respirar. Me pasó un pañuelo para limpiarme la cara, no sé cuántas lágrimas salieron, pero las agradezco, cada una de ellas.
— Ahora eres un profesor, yo debería buscar consejo en ti, mi amor —contestó con la humildad de siempre.
— Me enamoré de una forma en que un no entiendo, siento tantas emociones al mismo tiempo que es inevitable que alguien no lo note, he intentado ocultarlo, pero cuando la miro, todas mis defensas se caen –y esto es así, su amiga, Valentina, siempre se ríe por la forma en que la miro, y no tiene que ver con algo estético, sino en cómo me hace sentir su mirada.
— ¿Quién puede ocultar algo así, hijo? —me preguntó, mientras comenzó a pintar en la tela blanca. Cuando saca su pincel, nadie la detiene.
— Es mi estudiante, soy su profesor guía de tesis, una de las misiones más importantes que me han encomendado este año, y ya lo arruiné –este pensamiento me tenía atrapado hace tiempo, y no sabía cómo salir de ahí.
— Tú sabes que yo no entiendo estas cosas de cómo funcionan las universidades, hijo, tu papá y tu abuelo pasaban horas hablando de lo académico, y según mi percepción, si para ti es tan importante lo que sientes, por qué deberías dejarlo, ¿acaso tu pasión por ello no es lo que te llevó a esa universidad? —siguió pintando un trazo de color celeste hacia arriba del cuadro y continuó —. Y si todo esto pasó para que ustedes dos se conocieran, ¿para que sus vidas se cruzaran?
— Nada es tan simple, mamá —contesté aún reflexionando todo lo que significa lo que ocurre entre Sofía y yo—. La labor de un profesor guía no solo es acompañar en este proceso a un estudiante, sino también representar a la institución, su proyecto de tesis es la última etapa de los estudiantes y significa el foco que ellos quieren impregnar en su ser, en el hecho en sí mismo de ser profesionales, con mi romance estoy ensuciando todo ello. Tengo una posición de poder y ahora no pienso con claridad, todo lo que ella escribe me parece una obra de arte, sus movimientos, sus besos, la forma en que me mira y los mensajes que compartimos. A ella no le importa, y ¿sabes? a mí sí, porque mi posición jerárquica es superior y no sé si es tan consciente de ello. Se enamoró de mí, de la persona, de tu Juanpi o del profesor, del experto.
— Tú eres todo esto, hijo, a mí no puedes mentirme, te tuve en mi vientre, y desde siempre los libros han sido todo para ti, pero no solo eso, tu personalidad, tu amabilidad, ese trato especial con la gente, la paciencia con la que buscas explicar las cosas y atender a quién sea, con tal de ayudar —habló demasiado mi mamá.
— Hablas como si fuera un santo, mamá, y no lo soy, cometo errores, destruí mi familia, y ahora me podrían expulsar de la universidad si se enteran de que decidí mantener una relación amorosa con una estudiante —esta es la verdad, objetiva.
— ¿Importa realmente eso? —no entendí su pregunta.
— Por supuesto que importa —le dije.
— Necesito que dejes de ver todo esto con los ojos de la sociedad, que también comete errores, y comiences a ser mi hijo, esa persona que da lo que sea por las personas, el que se quedó sin amigos por intentar hacerlo todo bien, por darse por entero a una familia, como corresponde. ¿Acaso tus hijos tienen un mal padre? Yo no crie a un mal padre –en eso tiene razón, por mucho que como pareja no funcionamos con Paola, siempre hemos sido los padres más preocupados y a los niños no les ha faltado nada.

— ¿Qué hago entonces? —quería una certeza en sus palabras.
— Ya lo sabes.
— Ya lo sé —le dije.
— Me has inspirado, Juanpi, estuve semanas intentando pintar algo y la maravilla que está naciendo en este cuadro no tiene parangón —siguió trazando su pincel, los colores iban y venían —, supongo no te quedarás a tomar el té con tu madre, tus visitas son cortas, pero intensas, así te amo y así te amaré siempre. Ven cuando quieras, mi amor.

La abracé como hace mucho tiempo no lo hacía, aunque al principio dudé, venir a verla fue la mejor decisión que pude tomar. ¿Dónde estará la Sofi ahora? Necesito verla, hablar con ella.



Capítulo 10

Carolina
Enero, 2006

Vivir en Talcahuano es algo que me hace valorar lo que la gente no considera en las ciudades más grandes como Concepción o Santiago, creo firmemente en las personas, en lo que dicen, en sus emociones, tal como mi mamá me enseñó, creo en alguien que me ofrece su amor. Con él nos conocimos sin querer, en otro lugar, ambos en vacaciones estábamos en otra, por cosas de la vida ese año mi mamá quiso ir a disfrutar de la "Semana Ñiquena", cerca de Chillán, a 400 kilómetros de Santiago. Había muchos puestos artesanales, juegos y música ranchera. Típico de Ñiquén.
Me fui con mis amigas al "tagadá", una atracción mecánica que da vueltas como una secadora y nos deja muy mareados, pero todos tienen que vivirlo, es adictivo. Había una fila importante, me quedé mirando a las personas que estaban adentro del juego, giraban y giraban a gran velocidad. Hasta que vi que alguien en la fila estaba pegado con la vista en mí.
— ¿Por qué me miras así? —le dije, con mi choreza de siempre.
— Porque eres linda —dijo eso y siguió mirándome, como desafiando mi petición.
— No está bien mirar así a la gente, pareces un psicópata —le dije. Quizás así aprenda a comportarse en público.
— Me habían dicho que las mujeres acá en el sur eran chúcaras, pero no pensé que tanto —bromeó y continuó—. Y también me dijeron que eran buenas para bailar, ¿es así? —extendió su brazo para que lo tome y lo siga.
Lo hice, lo seguí y fue la mejor decisión.
Lo conocí y me enamoré, no hay otra forma de decirlo. Fue un amor tan real como intenso, tan simple como la forma en que nos miramos, tan extenso que pese a la distancia pudimos entregarnos el uno al otro. Me fue a dejar a la casa de mis tíos, nos reímos todo el camino en la oscura noche del campo sureño, no hay luces, ni cemento, solo un tierral que nos lleva de casa en casa. Él miraba las estrellas, decía que era un inspector del cielo nocturno, otras cosas muy lindas, tanto así que me sonrojaba de vez en cuando al escucharlo.
— ¿Quieres pasar? —le pregunté, dispuesta a disfrutar un rato más de la conversación.
— Ya po' —dijo y avanzamos a la fogata principal donde estaba toda mi familia.
Nadie preguntó quién era, ni dónde lo había conocido, así son en el campo, hay espacio para los que quieran compartir. Algunos estaban bailando, otros conversando, nos quedamos al lado de la fogata disfrutando de miradas coquetas.
— Es bonito acá —me dijo.
— No solo es bonito, es el lugar más bonito que conozco —y era verdad, Ñiquen es un lugar especial, es un pueblo chico cerca de Chillán, tiene una pequeña plaza donde está todo: la iglesia, un banco, la municipalidad, la escuela y unos locales chicos para comprar.
— No entiendo cómo pasó todo esto, cómo justo nos topamos en este lugar, pero lo agradezco, estoy feliz —dijo sin dejar de mirarme. No sé cómo lo hace.
Llegaron las diez de la noche y lo fui a dejar al portón de afuera. No se veía nada en el camino.

— ¿Me perdonas? —dijo, de la nada.
— ¿Por qué? —le respondí, sin saber a qué se refería.

— Por el beso que te voy a dar —y tal como lo dijo, lo hizo. Me besó y sentí un calor en mis labios, un latido que llegaba directo desde mi corazón y el suyo. No tenía nada que perdonar, me gustó más de lo que podía reconocer.
Me pidió mi número de teléfono, lo anotó y se fue.
Al día siguiente esperé verlo en algún momento, fui a la plaza, a la iglesia, caminé por el campo y nada, no había rastro de sus pasos. Cuando ya había perdido la fe, suena mi teléfono.

— ¿Aló? —contesté.
— Hola —era él—, ¿cómo estás?
— Bien, ocupada —mentí.
— Disculpa que te moleste —dijo—, pero necesitaba llamarte para saber si en el sueño estaba yo, porque en el mío no dejabas de salir.
— Mi abuela siempre me decía: “Desconfíe de los santiaguinos, dicen algo por la boca, pero solo quieren que una se vuelva loca” —le respondí.
— Tiene razón tu abuela, pero yo más que palabras tengo actos —prometió—. Quiero ir a verte a Talcahuano, ahora voy de vuelta a Santiago, pero no quiero que pase el verano y quedarme sin ti.
Sonaba como algo irreal, recién nos conocimos hace un día, solo caminamos y nos dimos un beso, pero siento como si mi corazón lo deseara, de la misma forma que él a mí.
— Le diré a mi mamá, lo más probable es que quiera conocerte más —así es mi mami, es la persona más amable del mundo, sin duda querrá conocerlo.
— Bacán, te llamo más rato y me dices cuándo puedo ir —no quería que dejara de hablar, quería que el teléfono hiciera magia y me lo trajera directo a mis brazos.
— ¿Y no tienes polola? —aproveché la oportunidad para preguntar.
— Todavía no, pero hay una niña sureña que puede que quiera ser mi polola –dijo con una referencia directa a mí.
— No soy sureña —le dije, molesta—, se nota que no conoces Chile, Talcahuano está en la zona central del país.
— Puedo ir a verte, ¿entonces? — dijo haciéndose el gracioso.
— Te aviso —le respondí, molesta. No entendía por qué se había ido tan luego y por qué me quería ir a ver a mi casa a Talcahuano. Pero, aun así, sabía que apenas cortara la llamada iría corriendo a preguntarle a mi mamá.
La semana pasó y cumplió. Lo fui a buscar al único terminal de buses que tiene mi ciudad, mi querido Talcahuano. Subimos caminando, como siempre lo hago, los cerros de acá tienen escaleras largas y para llegar a mi casa hay que caminar al menos unos 20 minutos. Los de acá ya estamos acostumbrados. Luego de dar vuelta por la calle principal y subir los últimos escalones llegamos a mi casa. Un terreno grande, empinado, con dos construcciones, una de mi mamá y otra de mi abuela.
Apenas abrimos la puerta nos recibió mi mamá con un gran abrazo.

— ¡Al fin te conozco! —le dijo—, me hablaron mucho de ti.
— Chuta —respondió—, ojalá solo le haya contado lo bueno.
— Así es, bienvenido, siéntete como en tu casa —lo invitó a la pieza de invitados para que se acomode—. Si estás muy cansado por el viaje, puedes recostarte un rato y te despertamos para el almuerzo —le dijo mi mamá, tan servicial como siempre.
— Muchas gracias por su hospitalidad —le dijo amablemente a mi mamá—, quiero aprovechar el tiempo acá, es mi primera vez en Talcahuano.

Capítulo 11

Sofía
Julio, 2023

Juan Pablo me llamó y no pude evitar dejar de hacer todo lo que estaba haciendo para juntarme con él. La Vale no estaba contenta con ello, teníamos un avance pendiente para mañana, pero ¿qué importa? Si el culpable de todo era el mismo profe que tenía que recibir el trabajo.
Nos juntamos en la biblioteca de la universidad, caminé hasta la sección de literatura chilena y lo encontré. Estaba leyendo una novela de pie al lado de una repisa llena de libros. Me gusta mirarlo, me quedé un rato cerca de él y no se dio cuenta de que estaba allí. Avanzaba página a página, demasiado rápido para ser una historia de Lemebel o algo de Rivera Letelier. Me acerqué despacio y lo besé, no como cualquier otro beso, le robé uno con rabia, con ganas. Respondió el beso y apoyó mi espalda en la repisa. Con una mano en el libro azul que estaba leyendo y la otra en mi cintura. Siempre hace lo mismo, me roba el aire, se lleva mis suspiros.
Se separó y sentí demasiado espacio entre los dos. Se puso un dedo en los labios para que me quedara en silencio y siguió leyendo el libro muy atento, como si nada. Pasó un estudiante por atrás y dejó la novela “Me enamoré” en su lugar. Me agarró de la mano y salimos corriendo del lugar.
Siento que esto es una aventura, no entiendo cómo se le ocurren tantas formas de gustarme.
Llegamos a su oficina, miró para todos lados y entramos. Cerró la puerta con llave. Todo lo demás ya lo saben ¿o no? ¿Qué haría un profesor y una estudiante a solas en una oficina? ¿Qué haremos?
No tenía miedo, pero me gustaría entender por qué siento esto de esta forma tan intensa. Ni siquiera nos conocemos desde hace tanto tiempo, al menos desde que hablamos, por qué siento que está hecho para mí. No puedo controlar lo que siento. Es amable, comprensivo, tonto, raro y su palabra es absoluta, tiene unos ojos profundos y gracias a ellos no puedo mentir. Me encantaría que sus besos no me provoquen como lo hacen, que sus labios dejen de ser precisos, que sus manos no me dejen sin aliento. ¿Qué estoy haciendo? No puedo pensar, respirar y besarlo al mismo tiempo.
Alguien golpea la puerta de la oficina. Silencio incómodo. Con la mano me pide que tome asiento en ese lugar en el que una estudiante como yo debiese estar y él camina despacio hacia la puerta. Le hice caso y me quedé tranquila sentada, limpiándome los labios de toda huella de sus besos.
Una voz dulce, un abrazo fraterno, dos niños en la puerta y una conversación extraña. Eso es lo que ocurrió, mientras yo quería que la tierra me tragara y me devuelva en China. Su ex esposa estaba conversando con el profe a solo dos metros de mí, una estudiante mirando el vacío de la ventana. No me atreví a mirar, solo seguí en mi plan de “soy invisible”.

Sofía
Noviembre, 2023

Era la primera vez que asistía a un evento familiar con Juan Pablo, estaba nerviosa, quería que me aceptaran a la primera, nada de esperar, necesito tener todo controlado y saber que su familia

me querrá. ¿No les pasa? A mí sí, por eso es tan importante este primer encuentro. Lo único que me mantenía en paz era su mano tomada a la mía, no me soltaba, no sé si porque yo lo necesitaba o él.
Me fue presentando a cuánto tío, prima o familiar lejano asistía al cumpleaños de la responsable de que Juan Pablo sea la persona que es: su mamá. Era lindo escuchar su voz diciendo mi nombre, su sonrisa lo acusaba, estaba perdidamente enamorado de mí.
La casa era enorme, mucho más grande de lo que imaginé. Esta gente tiene tanta plata que deben tener hasta las murallas forradas en dinero. ¿O no es eso lo que hacen los ricos? Quizás estoy pasada de moda y en la actualidad los ricos son gente común y corriente.
Había música en vivo, luces por todas partes, personas sirviendo tragos costosos y muchas mesas con comida que no sabía ni que existía. Juan Pablo caminó a saludar a su mamá y me presentó de nuevo, con esa voz de galán que usa con todo el mundo.

— Gracias por venir, hijo —le dijo una mujer que realmente no representa la edad que tiene, se ve preciosa, es casi como ver a un ángel en la tierra, su piel es fina, su cabello entre dorado y blanco con matices que iluminan su caminar.
— ¿Cómo iba a faltar, mamá? —respondió, Juan Pablo—. Ella es Sofía, de quien tanto te hablé hace un tiempo atrás.

Ella se acercó y me dio un abrazo muy dulce, esperaba otra cosa, más distancia, me sorprendió el cariño.

— Un gusto conocerla —le dije. No sabía qué más decir en un momento así.
— El gusto es mío —me dijo mirándome a los ojos—, mi hijo siempre ha tenido buen gusto por las mujeres, no eres la excepción, al parecer siempre le atraen las mujeres inteligentes, igual que su mamá.
Juan Pablo se rio y avergonzó al mismo tiempo. ¿Fue un cumplido? Mantuve mi silencio y su mamá aprovechó para darme las manos.
— Acompáñame, te quiero mostrar algo —la seguí, estaba segura de que no podía negarme a una invitación así. Juan Pablo se despidió y me lanzó un beso, mientras yo caminaba de la mano de su mamá hacia adentro de la casa.
He conocido muchas casas, pero jamás había estado en una en qué adentro sea más grande que fuera. Quedé sorprendida.
— Mira —apuntó un cuadro con la imagen de una mujer en medio de un cielo estrellado, realmente era una obra de arte.
— ¿De qué artistas es? —pregunté con la intención de encajar, de ubicarme en la conversación de una persona que sin duda es extraordinaria.
— Yo la hice —dijo y se rio, pero no como una burla, sino como alguien que se muere por decir algo—, el día en que Juanpi vino a contarme que estaba locamente enamorado de una niña. Llevaba semanas, sino meses, atrapada mirando la tela, con el pincel en la mano pensando en los colores, en la vida y la muerte, hasta que apareció mi Juanpi y su forma de hablar de ti, del amor que siente me inspiró. Este es el resultado.

No sabía qué decir, me sentía avergonzada, pero no había hecho nada malo, era una emoción extraña, me sentía desnuda. No merecía tanto halago, no entiendo por qué habla así de mí.

— No quiero que te asustes —me acarició la mano como una madre lo hace con su hija—, solo

quiero que sepas que mi hijo es como yo, cuando amamos lo hacemos para siempre, todo lo que vivió antes de ti se pareció mucho al amor, pero no lo fue. Es difícil decir esto, siento la confianza de decírtelo, jamás vi su cara tan iluminada, no te miento, lo conozco desde que lo tuve en mis manos por primera vez. Nunca fue tan feliz como lo es ahora.
— Disculpe —la interrumpí—, me cuesta creer algo así, me cuesta creer que sea tan importante sabiendo que tiene dos hijos a los que ama y una ex pareja con la que vivió mucho tiempo.
— No te quites mérito, mi amor —dijo con amabilidad—, las personas tenemos el don de parecer felices todo el tiempo, aunque sentirnos felices es otra cosa y se nota, yo lo noto, y quiénes lo conocemos podemos verlo. No sabes cuánto tiempo he vivido al lado de un hombre con el que en algún momento fui feliz, pero ya no. Sé de lo que hablo.

No estoy acostumbrada a este tipo de conversaciones, es tan delicada y transparente, me lo dice todo, pero de una forma sencilla. Si tan solo pudiese tener una conversación así con mi mamá alguna vez en la vida, no saben cuánto pagaría por ello.

— Y ahora viene realmente lo importante —pensé que todo lo demás que me dijo lo era—, todo lo que te dije es evidente, está loco por ti y te hace feliz. No olvides lo que te diré ahora, tengo la confianza de mujer a mujer. Habrá problemas con Paola, y te lo digo porque la conozco, ella está aquí hoy y te buscará. Hablará contigo, no te dejes intimidar, eres una muchacha valiente, no caigas en su juego, la palabra “felicidad” ha sido manoseada por generaciones en este país y muchos otros, el lugar de las personas es en donde realmente somos felices, el lugar de mi hijo es contigo, recuérdalo y todo estará bien.
— Muchas gracias —no estaba preparada para esto, para nada de esto, aun así, agradezco su consejo y la forma tan linda de decirme quién soy y lo mucho que Juan Pablo me ama. Si supiera ella que yo me muero cada vez que lo veo. Que me derriten sus ojos, sus besos, sus manos y quizás tiene razón, tal vez ambos nacimos para estar juntos, aunque él se haya adelantado diez años o yo me demoré, quién sabe.

Me llevó de vuelta a mi lugar seguro, a los brazos de Juan Pablo.

— ¿Estás bien? —me preguntó él queriendo sacar toda la información que me dio su mamá.
— Siempre estoy bien —le respondí con una sonrisa nerviosa.
— ¿Qué mentira más grande, mi amor!
— Solo te pido que esta noche no me sueltes —lo abracé más fuerte.
— ¿Y si lo hago? —bromeó.
— Te las verás conmigo, no habrá más cupones —lo amenacé.
— No me los quites, mi amor —me rogó.
— Entonces no me sueltes esta noche —sentencié.

Capítulo 12

Sofía
Agosto, 2023

Mi primera noche fuera de casa, la primera noche juntos. ¿Cómo llegamos a esto? No lo sé, de verdad no sé cuándo pasó. Solo sé que la película y el sushi no fueron lo más rico. Estar abrazada a él fue algo que pensé muchas veces, solo los dos, sin el miedo de que alguien en la universidad nos descubra, sin el temor a qué dirán mis papás o sus hijos, sin todas las voces de las personas que creen que pueden opinar y no son felices ni con su propia vida.
Solo la noche es testigo del amor que sentimos, de las ganas que teníamos de mordernos sin miedo a gritar. Que me persiga por toda la casa hasta atraparme y que yo busque nuevas formas de arrancar, hasta caer en sus manos, en sus labios, en sus besos. Lo amo ¿saben? de la forma en que se prohíbe amar, de la forma en que nunca nos enseñaron en nuestras casas, de forma intensa.
— Buenas noches, mi amor —me dijo al oído y se me erizó la piel.
— No sabes lo que me gusta que me digas así, mi amor —me encanta.
— Quiero que los días contigo sean eternos —comenzó a decirme al mismo tiempo que sus manos me acariciaban el pelo—. Te amo mucho, no lo dudes, no lo olvides, nunca pienses que no es así, te amo, te quiero, te adoro, me gustas.
— Descansa —lo besé.
— Buenas noches —me dijo y me besó.

Sentí a lo lejos un teléfono sonando. Parece que era el mío. Juan Pablo me despertó y me lo entregó.

— ¿Aló? —contesté confundida aún.
— ¿Sofí? ¿Dónde estás? —aún mi cerebro no procesaba quién me hablaba al otro lado del teléfono.
— ¿Qué pasó? No estoy en mi casa —respondí.
— La Vale, Sofi, ¡La Vale! Se intentó matar —todo mi mundo se vino abajo. Me vestí lo más rápido que pude y salimos con Juan Pablo a la urgencia.

La Posta Central es un lugar al que a nadie le gusta llegar, siempre se va por algo grave. En la calle estaba el papá de la Vale, lo saludé con un abrazo. Estaba fumando, sus ojos estaban rojos y se veía inquieto. No sabían nada, aun no salía nadie a decirles cómo está.

— Está con riesgo vital —fue lo único que pudo decirme.

A lo lejos vi a mis compañeras, corrieron a abrazarme.

— Hola, profe —dijo la Sole, extrañada por verlo ahí. No lo pensé.

Él saludó cauto, en ese momento no había tiempo para hablar algo más que no sea el estado de salud de la Vale.

— ¿Qué pasó? —le dije a la Cote, fue la que me llamó.
— Sus papás la encontraron en su cama, no reaccionaba, llamaron a una ambulancia y como nunca llegaron de inmediato. Ahí vieron una carta y las pastillas.
— ¿Han dicho algo?
— Le salvaron la vida —se le quebró la voz—, no sé qué habría pasado si no llega la ambulancia —me abrazó y el llanto salió, no sé cuánto tiempo pasó, solo sé que ninguna de las dos sabía qué más hacer además de llorar.

Las urgencias son lugares fríos, inhumanos, pero fundamentales, aquí les devuelven las vidas a las personas. Las ambulancias entraban y salían, seguíamos en la calle mirándonos las caras intentando pensar que todo esto es solo una pesadilla y pronto nos dirán que la Vale estará bien. Habíamos hablado hace poco, me había dicho que aprovechara mi momento, mi instante de felicidad, estuvimos como una hora al teléfono hablando del profe, de la vida, de las notas y de lo que hablamos siempre, del reality, de que Taylor Swift no viene a Chile y de que nos dan rabia las influencers flacas que hablan de amar el cuerpo.
Juan Pablo estuvo al lado mío todo el rato, mientras seguíamos ahí, viendo cómo el día amanecía, uno de los peores días de nuestras vidas. Quiero a mi Vale de vuelta. Me puse a escuchar sus últimos audios, los que me mandó antes de llegar a la casa del profe. Se escuchaba como siempre, bromista, juguetona, risueña, buena para apoyar y molestarme al mismo tiempo.
Seguía triste, me quedé abrazada a Juan Pablo, ¿saben qué amo de sus abrazos? Son sinceros, los ofrece, se queda ahí sin decir nada, sabe lo que necesito y me quedo congelada en el tiempo con él. En estos momentos era lo que mi vida quería.

— ¡Sofi! —escuché un grito desde lejos. Era la Cote. Fui al tiro hacia ella.
— ¿Qué pasó? —le pregunté desesperada.
— La mamá de la Vale quiere que entres a verla —no estaba preparada para esto.

Solo una persona podía entrar a verla, y esa persona era yo. ¿Lo merecía? No lo sé, pero lo que más deseo es estar ahí, mi corazón quiere de forma desesperada verla.

— Gracias por estar acá —me dijo la mamá de la Vale al entrar y no dejó de llorar mientras me abrazaba. ¿Qué se siente ser madre y ver así a su hija? No supe qué decirle.
— Aquí estoy —fue lo único que salió de mi voz, al mismo tiempo que mis lágrimas.
— Los doctores me pidieron que me despida, pero no puedo, ¡no puedo! ¡Es mi hija! ¡Es mi hija! —gritó en medio del sollozo—, por favor, hazlo tú, entra, despídete, dile que la amo, que siempre estaré aquí para ella, pero las palabras no me salen al verla así.

No sé de dónde saqué la valentía para hacer esto, pero lo hice, como una amiga va al encuentro de su mejora. Caminé por el pasillo donde había muchas camillas, demasiadas personas enfermas, doctores, enfermeras. Hasta que llegué a la habitación de la Vale, había un cartel afuera que decía “UTI”. Si alguna vez han visto una película de terror, les cuento que entrar a esa habitación era muy parecido. La habitación era oscura, había una cama grande llena de máquinas al fondo del lugar, sonidos molestos y entre medio de todo eso, mi amiga. Las lágrimas brotaban de mis ojos sin medir su intensidad. ¿Por qué Vale, por la cresta? ¿Por qué te tenía que pasar esto?

— Mi Vale, mi amiga —le dije, al mismo tiempo que tomé su mano. Estaba de pie intentando

reconocer a la amiga más importante que he tenido en la vida, y me costaba. ¿Quién era ella? Es mi Vale, son sus ojos, sus margaritas, esa es su respiración, entre un tubo grande que le cubría la cara.

No pude decir nada más, solo me quedé tomándole la mano y llorando todo ese rato, no sé cuánto tiempo pasó. Entró una enfermera y me llevó hacia afuera, al vacío, mientras en mi cabeza seguía escuchando el latido de mi amiga, el latido de la Vale. Por favor, que ese latido nunca deje de sonar. Que su corazón nunca deje de latir.
Los brazos de Juan Pablo me recibieron apenas llegué a la calle. No recuerdo más.



Capítulo 13

Juan Pablo
Enero, 2006

¿Se han enamorado alguna vez? ¿Qué sienten? ¿Su corazón explota y salta hacia afuera de su cuerpo? Así lo sentía en ese momento, sentía que besarla tenía todo el sentido del mundo como si sus labios y los míos estuvieran predestinados. Había encontrado a mi alma gemela en el lugar en el que menos lo esperaba. Quizás siempre estuvo en Talcahuano y nunca lo supe.
Me encantaba mirarla, sus ojos, su cabello ondulado, toda ella era poesía, para mí era imposible verla de otra forma, si hasta su acento sureño era encantador. Su familia me recibió como si fuera parte de ella, me sorprendió mucho eso, en Santiago estamos tan acostumbrados a ignorarnos unos a otros que esta forma de ser me pilló desprevenido.
Estuvimos juntos una semana, recorrimos todos los lugares que pudimos, la Tortuga fue uno de mis favoritos, la vista hacia el mar, el paisaje, hacían que mi corazón se apriete cada vez más hacia ella. Caminamos mucho, siento que es la única forma de realmente conocer un lugar, recorriendo a pie uno puede disfrutar cada paso, observar y hasta aprenderse los nombres de las calles. No solo estaba enamorado de Carolina, también me enamoré de Talcahuano.
— No entiendo cómo en tan poco tiempo puedo sentir tanto —le dije, mientras le acariciaba el pelo y escuchábamos un compact disc de La Oreja de Van Gogh.
— Es que no tienes que entenderlo, tienes que sentirlo —puso su mano en mi corazón y me besó. Fue un beso tan sincero que mis labios se quedaron petrificados. Todo con Carolina se da de forma natural, nos amamos al respirar, al vivir.
— Dime que no dejarás que me vaya de vuelta a Santiago —le rogué.
— Nadie te está echando —respondió con ese humor tan simple y gracioso que tiene. Ahora yo le robé un beso y me quedé abrazado a su cintura en medio del silencio, al parecer se había terminado la música.
— No me quiero ir nunca —le dije como las promesas que siempre hacemos a esa edad, como los jóvenes que no quieren que exista el futuro, solo el presente, sólo ese instante de felicidad.

Llegó el domingo y sabía que me tenía que ir con las últimas lucas que tenía para el boleto de vuelta hacia Santiago. Me fue a dejar al terminal, abajo, nos quedamos abrazados hasta que llegó el bus verde que tenía un letrero grande con el nombre de la capital de Chile. Las despedidas siempre son tristes, pero esta me destrozó el corazón. Me subí al bus y desde la ventana vi como sus ojos se llenaban de lágrimas al igual que los míos, en ese momento lo entendí, todo lo que habíamos vivido en esta semana fue amor, amor verdadero, de ese que no se encuentra en ninguna otra parte, solo con esa persona.
Me fui escuchando música todo el camino, sin darme cuenta me quedé dormido.

Llegar a Santiago fue peor de lo que pensaba, la distancia, los kilómetros me destrozaron aún más, quería ver su carita, su sonrisa, escucharla cantar como lo hacía como si la escoba fuese el micrófono de un karaoke, escuchaba su voz, pero no quería que los recuerdos desaparezcan.
Comencé a llamarla cada noche por teléfono, se nos iba el tiempo como quien vive en medio de la nada, me acostaba tarde y no me importaba, escuchar su voz era mi único alivio, lo que hacía mejor mi vida.

Decidí entrar a trabajar los fines de semana y así ir a verla al menos una vez al mes a su casa. Los primeros meses no fueron un problema, pero la despedida era cada vez peor, comencé a imaginar una vida en Talcahuano, era la única opción que veía. En la semana iba al preuniversitario, trabajaba de empaque en el supermercado y juntaba lo que podía, mi papá me había quitado todo al saber que no quería estudiar en la Universidad de Chile y me quería ir a estudiar Literatura a la Usach, yo solo necesitaba los pasajes, y llevarle un regalo a mi Carolina, el que cada mes era diferente. En febrero un peluche, en marzo el nuevo CD de Los Bunkers, en abril unas flores de peluche, en mayo un libro de Neruda con poemas que le había dedicado a ella, en junio una polera negra con una frase de su canción favorita de La Oreja de Van Gogh y en julio una caja con cartas que le había escrito cada día desde que nos separamos.
El tiempo pasa de forma misteriosa, nunca dejé de sentir el amor que sentía, jamás dejé de sentir que era la persona más hermosa del mundo, pero el problema era yo, no me bastaban sus besos una vez al mes, sus abrazos, sus palabras de amor y decidí terminar todo en septiembre, después de mi cumpleaños, de la peor manera posible. Era joven, estúpido, no merecía todo el amor que ella me entregaba y siempre lo supe, era lo mejor que me había pasado en la vida, aunque no fui capaz de cumplir todas las promesas que le hice. Me convertí en lo que siempre odié, en la persona que no valora lo que tiene, en mi papá.

— ¿Qué hago? —le pregunté a mi mamá.
— Esa niña te ama, mi amor, con su vida, ¿por qué la engañaste? —dijo sin acusarme, solo quería saber por qué tomé decisiones tan erradas fallándome a mí mismo.
— No lo sé, mamá, no lo sé —respondí sabiendo que no había vuelta atrás.
— Sea valiente y déjela ir, ella merece algo mejor —lo peor de las palabras de mi mamá era que yo sabía que ella tenía razón.

No fui valiente, no fui la mejor versión de mí mismo. Le escribí por MSN y le dije que nuestra relación tenía que terminar, que no la merecía, que jamás iba a amarla como ella a mí. Pese a que estábamos a más de seiscientos kilómetros de distancia, sentí cómo su corazón se rompía y yo era el culpable.
Pensé en las palabras de mi mamá. Sabía que ella merecía algo mucho mejor que yo, y en ese momento no era la mejor versión, era solo un espejismo, palabras vacías y promesas incumplidas.

Pasó mucho tiempo, la vida siguió su camino y no seguimos en contacto, hasta que un primo quiso casarse en Concepción. Por cosas que nunca me he explicado nos volvimos a encontrar, era el verano del 2007 y ella estaba sentada con su mamá en una cafetería y pastelería de Bulnes con Castellón. Yo iba caminando algo perdido, como quién busca su destino, hasta que entré al café a pedir algo para desayunar y las vi, Carolina y su mamá, Cristina.

— No puedo creerlo —les dije.
— Créelo —me dijo Carolina, con ese humor tan particular que tiene.
— Siéntate con nosotras —me invitó, Cristina.
— ¿Qué le hace el agua al pescado? —dije y me senté.

Estuvimos riendo como si nunca hubiesen existido los meses en que nos dejamos de ver, yo algo ilusionado y ellas alegres de la inevitabilidad de la vida, de reencontrarnos así. Carolina se fue al baño y su mamá me miró con una cara de “tenemos que hablar”.

— Cuénteme, diga todo lo que quiera decir —comencé, apretando el estómago sabiendo lo que venía.
— ¿Sabes que mi hija te amaba, cierto? —comenzó con las palabras más dolorosas que pudo elegir.
— No sé si lo sabía tan bien como lo hubiese deseado —respondí, acusando el golpe.
— La última vez que te fuiste a Santiago en agosto del año pasado la Caro no dejó de llorar, con nada se le quitaba la pena y yo en ese momento supe que mi hija te amaba hasta las patas, ella solo tenía 17 años, pero ese tipo de amor no se ve muchas veces en la vida, y te lo dice alguien que se separó por lo mismo, por no ser amada como debía —¿Qué le puedo decir frente a eso? Me mataron sus palabras, pero tenía razón, era la verdad tal cuál, transparente, real, dura y fría.
— Yo también sufrí mucho ese día, para mí su hija lo era todo, pero la contradicción de un cabro tonto, de mis deseos, de la vida misma, no lo sé, no fui capaz de dejarlo todo por ella, que es lo que quizás tuve que hacer —esa era la decisión que sabía que tenía que tomar y no tuve los pantalones. Hasta había imaginado estudiar en la Universidad de Concepción o en la Santísima, mi vida podía seguir con ella a mi lado y sin duda hubiese sido la mejor vida.
— Te lo digo como una madre, pero también como una amiga, la rompiste, todo lo que ella conocía hasta ese momento se esfumó cuando terminaste la relación y la tristeza la volvió otra persona, recién hace un tiempo atrás volvió a ser ella y no fue gracias a ti —sentenció, como el juez que golpea su martillo al final del veredicto—. Te dejaré con ella para que hablen, pero usa muy bien tus minutos —se levantó, preparó su encendedor y cigarro y salió.

En pocos minutos volvió Carolina del baño, se sentó y comenzó a hablar como quien guarda una carta y la lee de memoria.

— ¿Por qué no me pudiste amar tanto como yo? —comenzó con su mejor arsenal.
— No tengo respuesta para ello, sé que merecías algo más y no fui capaz de ser él, de convertirme en quién sabía que tenía que ser —respondí y sabía que en cualquier clase de argumentación hubiese sido una nota roja.
— Pensé que nunca dejaría de doler —prosiguió—, pensé que mi vida terminaría ahí, que la única forma de hacerte volver por mí era dañándome, pero descubrí todo el amor que tenían para mí en mi casa y la vida me llevó al amor de mi vida, al Pato, a mi compañero —y ahí entendí las palabras de su mamá, pese a todo, había encontrado a alguien que la valore como yo no fui capaz de hacerlo, pero me dolía, algo en mí me decía que había sido el tonto más tonto del mundo y que todo el amor que sentí en ese momento no volvería jamás a mi corazón. Un precio que no sabía que tenía que pagar, pero que bien merecido lo tenía.

Terminamos el café y salimos, después de la conversación fuimos buenos amigos. Su corazón era demasiado grande, pese a todo, pese al daño, me dejó un lugar en su corazón.
El abrazo de su mamá me recordó buenos momentos y vi la vida que no iba a vivir. Esta vez fui yo el que se fue destrozado en el bus de vuelta a Santiago.

Capítulo 14

Sofía
Noviembre, 2023

Amo a sus hijos, y la forma en que Juan Pablo es un padre con ellos, parece que tienen la misma edad, juegan, se divierten y yo también los miro muy entretenida.

— ¿Te gusta mi familia? —una voz ronca me habló y al darme vuelta la vida, con un hermoso vestido, un peinado increíble y los zapatos más lindos que había visto. Era Paola.
— Se ven lindos, juntos —le respondí, tenía que ser valiente.
— Lo sé, hasta hace poco todos eran míos —atacó y dentro mío sentía que iba perdiendo el partido diez a cero.
— Al menos, tus hijos, siguen siendo tuyos —remonté el marcador.
— Así me gusta, se ve que eres valiente, no pierdas nunca ello, estos hombres nos tratan como si les pertenecieran y cuando nos dejan pasan a ser otra persona, ni a ti te deseo algo así.
— Soy feliz —le dije como quien intenta sobrevivir al choque del Titanic con el iceberg con una tabla de madera en el Atlántico.
— Disfrútalo, quizás esta vez sí sea para siempre —dijo con una mueca burlona en la cara.
— ¿Por qué se terminó? —pregunté sincera.
— Si te dijera, no podrías dormir, mijita. La vida sigue de largo y cuando te das cuenta, ya ni sabes con quién compartes, cómo nos destruimos con la maternidad y las noches se vuelven una oscuridad absoluta —concluyó.
— Pero, ambos se amaban —intenté encontrar una respuesta.
— Si alguna vez nos amamos de verdad, ya pasó hace al menos cinco años atrás, éramos jóvenes y nos creíamos dueños del mundo, hasta que el mundo nos aplastó.
— ¿No había vuelta atrás? —le dije como una niña les habla a sus padres para que vuelvan.
— No —me dijo y me abrazó, con una copa en la mano—, pero sabes qué es lo que más me molesta, que yo no me di cuenta, pensé que todo era así, normal, que no nos amaramos era lo que a todas las parejas les tenía que pasar. Él se dio cuenta primero, pero no quería aceptarlo.
— ¿Y lo aceptaron?
— Aquí me ves —respondió—, abrazándote y aconsejándote porque ese hombre que ves ahí es un ser tan complejo que tendrás que ser paciente.
— Soy paciente —contraataqué.
— Lo sé, además, él te mira de otra forma, jamás me vio a mí así, me da hasta envidia —bromeó.
— Perdón por eso.
— No te preocupes, gracias a ti puedo entender lo que él tantas veces repetía y yo en ese momento no fui capaz de ver —hizo silencio unos segundos y prosiguió—. Después del amor, puedes encontrar realmente al amor.

Dijo eso, se bebió el resto de champaña y se fue. Me quedé helada, como si hubiese ganado un partido de algo o una medalla, no lo sé. Siempre esperé que esta conversación fuera más violenta y no, las caricaturas antiguas de que las mujeres somos unas brujas son todas falsas. Acabo de confirmarlo.

El cumpleaños de la mamá de Juan Pablo siguió como si nada hasta el final. La torta estaba exquisita, no recuerdo haber probado una crema así en mi vida. Ojalá su familia me quiera, sigo pensando en eso.
Tomamos un *Uber* para la casa y nos fuimos abrazados todo el camino, siempre me mareo en los autos o los buses pequeños. Me sentía segura, en el momento y lugar indicado. Pese a todo el miedo que sentía, fue una noche que recordaré.

— ¿Sabes? —le dije al oído.
— No, no lo sé —me respondió con la ironía de siempre.
— Pensé que en tu casa me tratarían como una niña malcriada.
— Pero lo eres —bromeó.
— Lo sé, pero disfruté mucho esta noche y no sabes el miedo que me daba todo esto —le confesé.
— A mi igual, aunque mi mamá siempre se las arregla para sorprender, se merece todo el amor que recibió en su cumple —lo decía como si esta celebración fuera algo nuevo.
— ¿Antes no eran así sus cumpleaños? —estaba impactada por esta revelación.
— Mi papá, cuando yo era niño, le pegaba a mi mamá, en ese tiempo era normal en este país este tipo de cosas —hizo un silencio y prosiguió—. Recuerdo una vez que fue con toda la cara morada conmigo a la comisaría y los carabineros la mandaron de vuelta a la casa como si nada, "al lado de su marido", como le dijeron ellos. Mi rabia, mis ganas de matar a mi papá no se fueron hasta que mi mamá me pidió que deje de vivir con este rencor hacia él.
— Fue terrible vivir algo así, ¿lo perdonaste? —le dije.
— Nunca, es algo que no se olvida, pero con la ayuda del psicólogo en la universidad pude perdonarme a mí mismo, toda la vida quise hacer algo y no fui capaz, hasta que crecí y lo enfrenté, pero la rabia siempre me desbordaba. Y lo peor, todos me decían que tenía que ser como mi papá, que era un respetado académico en la Universidad de Chile, pero para mí era eso, alguien que maltrataba a mi mamá, un criminal.
— Gracias por contarme esto, no debe ser fácil hacerlo —lo consolé. Si algo me gustaba de Juan Pablo era esa capacidad de poner su cabeza en mi pecho y ser feliz, le bastan mis abrazos para sentirse mejor.

Como ya era costumbre, nos fuimos a su departamento, sentía que ese espacio era nuestro.

Capítulo 15

Sofía
Noviembre, 2023

Avanzar en la tesis sin la Vale fue terrible, no solo por todo lo que tenía que leer e investigar, sino también porque la extraño. Hasta hace poco era mi todo, cuando quería hablar con alguien, era con ella, cuando quería salir a comprar algo, era con ella, si quería ver una serie de Netflix, sí, adivinaron, con ella.
El tiempo siguió pasando y llegamos a la entrega final, menos mal que Juan Pablo estaba conmigo en esto y fue consciente de que la Vale estaba hospitalizada, más allá de eso, fue igual de exigente que con cualquier otro estudiante.
Fui a la calle Ecuador a dejar el proyecto de tesis para empastar nuestro trabajo, nuestro proyecto, uno de los momentos más importantes en la vida de una estudiante. Entregué el archivo en un pendrive que me regaló Valentina en mi segundo año de universidad, aunque no fue tan regalo, porque me lo prestó y nunca se lo devolví.
Caminé hacia el metro pensando en todo lo que se viene, el examen de grado, la titulación y buscar una editorial para publicar mis poemas. Estaba entrando al andén de Estación Central cuando siento mi teléfono, me estaba llamando la mamá de la Vale.

— ¿Por qué no estás aquí, amiga? —¡cresta! Es Valentina.
— ¡Amiga! No lo creo, ¿cómo estás? —que pregunta más tonta, pero no sabía qué contestarle.
— Esperándote, pensé que al despertar estarías llorando a mi lado, y fíjate que no estás —dijo irónica, como siempre, su voz me devolvió el aire, el alma y la luz de mi vida.
— ¿Puedo ir ahora? —no soy la reina de las mejores preguntas.
— ¿Y preguntas? Te dije, estoy esperándote —y cortó.

Me cambié de andén y partí a verla.

Al llegar estaba su mamá para recibirme, esta vez su abrazo fue diferente, ya no lloraba, nunca pensé en este momento, no sé por qué uno siempre se imagina las peores situaciones, en cambio, la Vale está bien, está viva, despertó.

— No me vas a creer, pero lo primero que dijo fue tu nombre —me comentó su mamá.
— Perdón por eso —le respondí.
— Sé que quizás debiese decir el mío, o el de su papá, pero eres su mejor amiga y para nosotros siempre has sido una hija más, así que no te preocupes. Anda, te está esperando —ella siempre ha sido tan amable conmigo.

Esta vez el pasillo se veía mejor, no había tantas personas, o quizás al ir a ver a la Vale y saber que está bien me hace ser más positiva con mi entorno. Avancé hacia las habitaciones de las personas que están hospitalizadas en la Posta Central. El grito que pegué cuando entré a ver a mi amiga resonó en todo el pasillo. La abracé, ya no tenía todos esos cables y aparatos.

— ¡Mi Vale, mi amiga! —le dije.
— Perdóname, hueona, por favor —me contestó llorando—, perdón por preocuparlos a todos.

Hay momentos en la vida en que yo simplemente me quedo en silencio, no tengo por qué opinar de las decisiones de Valentina, como amiga la apoyo y me quedo al lado de ella, abrazándola. No sé cuánto tiempo pasó, solo sé que necesitaba a mi amiga de vuelta en mi vida.

— ¿Cómo te ha tratado el profe? —comentó de la nada.
— Muy bien, pasamos mucho tiempo juntos, lo espero a que salga del trabajo y nos vamos a la Quinta, caminamos a la Biblioteca de Santiago, nos comemos algo por ahí, vamos a su casa, esas cosas —le hice un resumen para no agobiarla.
— No sé cómo lo hacen para llevar tanto tiempo juntos, de verdad —se sinceró—, ¿imaginas algo con él toda la vida? Luego será abuelito.

Su sentido del humor no cambia, nos reímos juntas un rato más, hasta que llegó su mamá y teníamos que salir, se acabó el horario de visita.

— ¿Cómo la ves? —me dijo la mamá de Valentina mientras salíamos de la Posta Central.
— Era ella, en su totalidad, mi amiga está de vuelta —le respondí.
— Comenzó de inmediato con psicóloga y psiquiatra, tengo mucho miedo de todo lo que viene, por lo que te necesitaré más que nunca.
— Cuente conmigo, lo que necesite, si soy su hija adoptiva —le dije, recordando su comentario. Me abrazó y salimos juntas.

Afuera estaba su papá, algunas primas y mis compañeras. La mamá de Valentina se reunió con la familia para contar los detalles de la recuperación y yo fui a contarle a las chiquillas.

Tuvo que pasar una semana completa para que la dieran de alta. Pese a la alegría de ese día, el miedo con el que comenzó a vivir la mamá de la Vale comenzó a afectarla. Iba a cada rato a verla a la pieza, despertaba en las noches asustada, hablaba con ella y no le daba espacio. Y la entiendo, todo lo que pasó el día que la Vale tomó esa decisión fue una pesadilla, lo recuerdo y se me pone la piel de gallina. Nos demoraremos en pasar todo, pero estamos juntas en esto, la Vale tiene una red de apoyo y eso vale oro.

Capítulo 16

Sofía

Diciembre, 2023

Siempre he visto memes e historias en redes sociales de personas que dicen que cuando llega algo malo, llega todo junto. Pensé que era una exageración, que nada de esto era real, hasta hoy.
Llegó el día del examen de grado, uno de los días más importantes de mi vida y de cualquier estudiante, es tanto el estrés y la presión que anoche tuve que tomarme una pastilla para dormir. Pensaba todo el rato en mi presentación, en la hora, hasta soñé que llegaba tarde y no me dejaban entrar. Tenía que estar tranquila, pero no lo estaba, tenía que salir todo bien, eran veinte minutos de exposición en total y diez diapositivas de *power point* por cada una, no sé cómo se les ocurre que diré tanto en tan poco tiempo, aunque ¿qué importa? La suerte está echada.
Con la Vale, ya recuperada, solo quedaba entregarse a los evaluadores y al trabajo que hemos estado realizando durante todo este año con mi profesor guía, un profesor que se esforzó mucho en mí, quizás más de lo que debía. No quiero que piensen que esto es una queja, lo he disfrutado, de todas las formas posibles.
A las nueve de la mañana nos juntamos con Valentina en la entrada de la universidad, como siempre, ella con dos cafés en la mano, uno para cada una, el examen es a las once en punto. Ambas estábamos con un traje formal, bien peinadas, con las uñas enchuladas y una cartera pequeña, nada que ver con la vestimenta que siempre usamos.
Estuvimos en la biblioteca y paseamos por el campus, los nervios nos comían. Solo sabíamos que, de los cuatro profesores, uno era el profe guía, otro el jefe de carrera y dos profes de la facultad. Siempre hay uno que es el malo de la película, el que hace las preguntas más difíciles y tiene que cargarnos. Eso me estresa mucho, saber que quizás no siempre tendré todas las respuestas, o quizás sí.
Diez minutos antes de que sean las once estábamos afuera de la sala, esperando nuestro turno. Había mucho silencio y varios compañeros y compañeras dando vuelta, con el mismo nerviosismo que nosotras.
Salió una profe, Rosa Cortés, de Literatura infantil, nos invitó a pasar.

— ¡Ya, amiga! Es nuestro momento —dijo Valentina.
— ¡Lo es! —le respondí y nos tomamos de las manos.

Entramos a la sala a rendir nuestro examen.

Salimos de la sala. Fueron los veinte minutos más largos de nuestra vida, pese a lo complejo que fue, estresante, y tal vez hasta doloroso, lo hicimos bien.

— Hueona, que buena tu respuesta —me dijo Valentina, eufórica—, nadie esperó que lo hicieras de forma tan concreta, es como si supieras que iban a preguntar eso.
— Estudiamos para esto, Gabriela Mistral siempre tiene formas de sorprender y qué mejor que usar el libro “Pasión de enseñar” —le dije segura de mí misma.

Pasaron unos minutos y entramos de nuevo a la sala. Los jueces no tenían malas caras, pero la seriedad del momento me puso nerviosa.

— Conforme a la normativa vigente, y en concordancia a las reglas establecidas por la Facultad de Humanidades, desde este momento son Licenciadas en Lengua y Literatura —proclamó el director de la facultad.

Me bastó eso para abrazar a la Vale. Pensé en cada momento de estos putos cinco años de universidad, todas las noches en que no dormimos, las fotocopias, no sé por qué pensé en las fotocopias, pero fueron tantas, en los profes, en todos y todas. Espera, falta alguien, no está Juan Pablo, estaba con tanta adrenalina, con tanta felicidad, que no me percaté de que no estuvo en mi examen de grado.

— Pensé que estarías feliz —Valentina notó el cambio en mi rostro.
— No está Juan Pablo —le dije.
— ¿Qué importa ahora? Eres licenciada, soy licenciada, no permitiré que me digas Valentina, quiero que siempre me trates como licenciada Valentina —me abrazó de nuevo.

Salimos de la sala, ambas con lágrimas en los ojos, abajo estaban nuestras familias, con flores y muchas serpentinas. Debía ser un momento alegre, pero en mi corazón sentía que algo pasaba, que algo faltaba.
Nos fuimos a la casa de la Vale, había todo un cóctel preparado, familia, amigas y amigos, fotos de cuando éramos niñas, de la Vale vestida de portada de libro, que estoy segura de que no aprobaría que se cuelgue en un hilo de cáñamo que recorre todo su patio. Es lindo recordar así, ver la vida en fotos y descubrir que quizás todo pasa por algo. ¿O no?

— ¡Hola! Tanto tiempo —me habló una voz que conozco, mi cuerpo comenzó a temblar, no quería darme vuelta, ni saludar, no quería estar en el mismo lugar que él, ni verlo, ¿qué hace aquí? ¿Qué hace aquí?

No lo pensé, solo corrí, salí de la casa y arranqué sin mirar atrás, a ningún lugar, sin dirección, sentía su voz, su respiración, su mano en mi cuello, el olor a tabaco, a alcohol, todo el dolor que había olvidado llegó a mi cuerpo.
No sé cuánto tiempo pasó, ni cómo llegué a la casa de Juan Pablo. Toqué el timbre muchas veces, más de las que quería.

—Sofi, mi amor, ¿estás bien? —alcanzó a decirme antes de que me lance a sus brazos.

Y lloré, lloré como nunca antes lo había hecho, como una niña de cinco años que no puede dormir en las noches por miedo al cuco. Sentía que mi cuerpo no tenía fuerza, mi alma, estaba destruida, y pese a que no quería que Juan Pablo me vea así, no tuve otra opción. ¿Fue el peor día de mi vida? Tal vez.
Se quedó conmigo abrazándome en el sillón, no decía nada, solo me acariciaba la espalda y me besaba la frente de vez en cuando. No sé si entendía lo que me estaba pasando, pero no dejaba de doler, con nada dejaba de doler. Pensé que estaba mejor, que ya no me afectaría, pero saber que Nicolás me destruyó en mil pedazos y no le bastó eso, sino que fue a la celebración de mi licenciatura, no sé por qué mierda y ahí estaba. Se atrevió a acercarse, a hablarme y yo solo arranqué, tenía pánico aún, me sentía desprotegida, insegura.
No sé a qué hora dejé de llorar. Solo sé que siempre estuve abrazada a Juan Pablo y cerré los ojos para dormir, quizás todo esto fue solo una pesadilla y cuando despierte todo estará bien al

día siguiente.

Capítulo 17

Sofía

Diciembre, 2023

Desperté con el teléfono lleno de notificaciones. Estaba enchufado al cargador en el velador, al lado de un vaso de café del Starbucks y unas donas. Juan Pablo siempre intenta mimarme, pero hoy me siento sin ganas de nada. No quiero levantarme, ni responderle a nadie.

— Por fin despertó, mi amor —me dijo Juan Pablo.
— No quiero… —respondí.
— Sí, lo sé, hace poco hablé con Valentina para que sepa que estás en mi casa, está muy angustiada —recordé y fue peor, no quiero afrontar el mundo con la cara que tengo ahora, sentía los ojos hinchados.
— Me molesta que seas tan comprensivo —lo dije en serio.
— Si yo, que te amo, no tengo paciencia contigo ¿quién la tendrá? —respondió con razón, pero en ese momento no quería seguir pensando. Me senté en la cama y tomé el café, quizás eso me ayude a sentirme mejor.
No fui consciente de cuánto tiempo pasó, hasta que sentí la puerta y escuché a dos personas hablando. A ambos los conocía. Juan Pablo y Valentina algo decían, era como un susurro lejano, no alcancé a percibir con claridad lo que hablaban.
Valentina golpeó la puerta de la pieza y entró, no sé cómo estaba realmente mi rostro, solo sé que me sentía destruida. Me tapé con la sábana para que no me vea la cara.

— Puta, amiga —comenzó a decir Valentina—, jamás esperé que pasara esto. ¿Cómo estás?
— Destruida, Vale —respondí—. Así me siento, pensé que con el tiempo lo había olvidado, siempre imaginé que en algún momento de la vida me podía topar con él y no pasaría nada. Escuché su voz y me paralicé, entré en pánico, en serio, no quiero hablar más de él ni saber nada en el resto de mi vida. Me duele algo adentro y no sé qué hacer para que deje de doler.
—Yo te vi salir corriendo y fui a cachar qué onda —comentó—, y lo vi, con una sonrisa, me lancé contra él y lo cacheteé, mi mamá me tuvo que sacar de encima del hueón. Estaba tan enojada, pero tan molesta, que de verdad me transformé en otra persona. Más encima el cobarde se fue al tiro, y yo quería que se quedara para pegarle más fuerte. No tenía nada que hacer ahí.
— Eso es lo que no entiendo, ¿por qué estaba ahí? —era mi momento, nuestro momento, no tenía sentido que Nicolás fuera parte de nuestra celebración.
— Tu mamá lo invitó, no sé qué mierda se le pasó por la cabeza, quizás pensó que aún eran amigos, no lo sé, pero el maricón fue y se atrevió a acercarse a ti —dijo Valentina con los puños apretados. Yo no sentía esa rabia que tenía mi amiga, mi sensación era más bien de angustia.
— Tampoco estaba Juan Pablo y no entiendo ¿por qué? —al decirle esto a la Vale reaccionó de una forma extraña.
— No lo culpes a él, también la está pasando mal —me respondió.
— No sé de qué hablas —le dije de inmediato, esperando que me cuente ella qué pasó.
— Él tiene que decírtelo, pero lo más probable es que espere a que al menos te den ganas de levantarte para hablar —su sentido del humor no cambia.
— No quiero esperar —lo dije decidida, no tengo paciencia.

— ¡Profe! —gritó la Vale hacia el living.

Juan Pablo llegó a paso calmado, entró por la puerta y se sentó en la cama.

— Le dije que querría saber ahora —dijo Valentina mirando con cara de “pocos amigos” a Juan Pablo.
— Pensé que era prudente esperar —respondió Juan Pablo mirándome a los ojos.
— Solo tú usarías la palabra “prudente” de esa forma, dímelo, con confianza —disparé.
— Yo los dejo solos —comentó Valentina y se levantó hacia el living. Antes de salir por la puerta me lanzó un beso.

El ambiente estaba tenso, por algún motivo que desconozco Juan Pablo no tenía ganas de hablar ahora de esto, pero no hay mejor momento que ahora.

— Muy bien —comenzó, miró hacia la ventana de su pieza y prosiguió—. Sé que le preguntaste a la Vale por qué no estuve en el examen de grado, si me correspondía, y tengo la respuesta, pero te aviso que no te gustará y tampoco a mí.
— Solo dime ¿qué pasó? —le dije impaciente.
— Hace exactamente una semana me llamó el director de la facultad de humanidades, necesitaba una reunión urgente. Nunca antes me había llamado de esa forma, así que fui a su oficina. Me sorprendí cuando al llegar ahí estaba también el jefe de carrera de Literatura y la encargada de asuntos estudiantiles. Tengo experiencia y sé cuándo voy camino a la horca.
— ¿Es una broma? —mi pregunta no era retórica, esperaba de verdad que esto no fuera real.
— Para nada —contestó—, así que tomé asiento y los escuché por más de treinta minutos en donde me explicaron la importancia de las reglas universitarias, del protocolo de acoso sexual y la funa que me habían hecho en redes sociales por mantener una relación con mi estudiante.
— ¡Chucha! —nos pillaron.
— Un tal Alexi Vergara, un periodista que nadie conoce, publicó en su *Instagram* una funa en donde cuestiona la ética de la universidad y pide explicaciones de por qué la facultad aceptó que tú y yo estemos juntos y que esto además perjudicaba directamente a tus compañeros y compañeras —hizo una pausa.

No podía procesar toda la información que me estaba entregando y por más que intenté pensar por qué no entendía, tampoco hicimos nada malo. ¿Enamorarse es un crimen?

— Para el director de la facultad lo más importante era cómo afectaba esto a la universidad así que de inmediato me pidió la renuncia indeclinable —la cara de Juan Pablo pasó de la seriedad a la pena—. Acepté, el jefe de carrera dijo que fallé, que rompí su confianza, aunque habló bien de mí, insistió en que siempre fui uno de los académicos más destacados de la facultad y me ofreció una oportunidad, me recomendó como director de la Facultad de Humanidades y Artes en la Universidad de Concepción. Por mis méritos y como no hay denuncia formal, la universidad no tomará medidas, basta con mi renuncia.
— Espera, para, ¿cómo que te vas? —dije atónita.
— No tengo otra opción, la encargada de asuntos estudiantiles me advirtió que estarán atentos, de todas formas, a los reclamos de los y las estudiantes y si es necesario hacer un sumario, como universidad lo harían.
— Tú sabes que yo jamás te denunciaría, esto fue una decisión de los dos, jamás sufrí acoso ni

violencia de género —quería ir a la universidad ahora mismo y hablar con el director de la facultad y explicarle la situación.
— No les importa eso, solo la imagen de la universidad ¿tú crees que les importan los estudiantes? Ha habido cientos de denuncias sin responsables. De todas formas, cuando acepté dar clases sabía las reglas del juego y las rompí, acepto mi condena y mi responsabilidad — terminó de hablar y de inmediato me di cuenta de que la pena lo sobrepasaba. Lo abracé.
— Por eso no estuviste en el examen de grado —ahora entiendo todo.
— Y lo peor, no estuve contigo en el cóctel que les habían preparado, fui un cobarde, no quería que me vieras y tener que explicarte todo esto, solo quería que disfrutaras tu momento.
— No es tu culpa, y ¿sabes? Tampoco mía —le respondí decidida—, no puedo cargar con esa mierda de persona por siempre y tampoco tengo que estar siempre culpándome o culpándote, él es el imbécil, como siempre me dice la Vale, él es la persona que no me valoró y me destruyó por dentro —algo en mí comenzó a quemar por dentro, era como si fuera un volcán y tenía que hacer erupción—. Llevo años intentando superar todo el daño que me hizo, y mírate, ahora hasta tú te sientes culpable por algo que él hizo.
— Es que si yo hubiese estado allí…
— No eres un superhéroe —lo interrumpí—, yo me tengo que defender sola y debo aprender.
— Lo sé —respondió.
— No quiero dejarte —le dije.
— Yo tampoco —contestó de inmediato.
— ¿Qué hacemos? —no era capaz ni siquiera de pensar en cómo esto que sentimos sobrevivirá a distancia, él allá en Concepción y yo en Santiago.
— Me tengo que ir a Conce —sentenció.
— Me voy contigo —dije sin pensar.
— No te puedo obligar a eso, a dejar todo atrás por mí.
— Esa es mi decisión, no tuya —lo interrumpí de nuevo, lo amo, lo quiero, me gusta, es la persona que quiero a mi lado y no dejaré que me abandone en Santiago.

Capítulo 18

Sofía
Junio, 2023

Tenía esta idea de que algo podía pasar entre él y yo, no sé si son los poemas, la forma en que me mira, su olor a café, de verdad no lo sé, solo quiero escucharlo y mirarlo, aprender más, pero también, siento que soy una niña al lado de él, que está metido en su *volá* de profesor y académico y no me pescará. Sin embargo, ha leído mis poemas y hay veces en que siento que me coquetea.
¿Qué hago? La Vale me dice que le hable por *Whatsapp*, ¿y si lo hago? Y si me responde algo pesado, algo que diría cualquier otro profesor. O quizás no responda nada.
¡Yapo! ¿Le hablo o no? Acaso eso son, solo personas que leen un libro y no son capaces de ayudarme, me ven que estoy desesperada y hasta quizás se saben los spoilers de este libro y no me quieren contar si es una historia de amor o no. ¿Y si es una historia de amor? Si estamos destinados a estar juntos y es Nicholas Sparks el que está escribiendo todo esto que siento y pienso y me hará pasar por cosas muy difíciles para que al final de la historia me quede con el hombre que siempre quise. Pero, esto no es una película ni una novela, es la puta vida real y no serán capaces de traspasar la historia con sus decisiones, porque, porque, al final del día tengo que decidir yo.
¿Y si pudieran decidir por mí? ¿Qué harían? ¿Cambiarían algo? Porque esto no es un juego, es mi vida y lo destrozada que ya está, lo estresada que estoy intentando pensar y hacer las mil y una cosas que los adultos estamos destinados a hacer.
¡Qué rabia! No me queda otra opción, le hablaré. ¿Total? A lo mas no me responde o me bloquea, o a lo mejor se enamora de mí por *Whatsapp*. ¿Les ha pasado? Que se enamoran de una persona por redes sociales y después les da vergüenza hablarle en vivo y en estéreo.
Tomé mi teléfono y busqué su contacto. Me quedé mirando su foto y fue a escribirle.
¡Cresta! Sin querer lo llamé. ¿Qué hago?

— ¿Aló? —se escuchó en mi teléfono.
— Hola, Juan Pablo, ¿cómo estás? —aproveché que él me dijo que le podía decir así.
— Bien, ¿qué necesitas? ¿Pasó algo con la tesis? —sonaba tan formal que no me dio tiempo para inventar algo.
— Me gustaría hablar, eso es todo —le dije sincera.
— Hablemos —respondió. Y le corté.

No sé qué estoy haciendo, no puedo controlar esto. De pronto apareció un mensaje de él por *WhatsApp.*

¿Estás bien?

Me gustas

¿En serio?

Sí, no bromearía con algo así.

Tú también me gustas, pero no creo que esto esté bien.

¿Importa eso realmente?

Jamás había esperado tanto un día para ver a alguien, pero jamás pensé que tú también lo

sientas.

Lo siento.

¿Es una disculpa?

No, me encanta compartir y leer juntos, hablar de poesía.

La poesía ha sido mi razón de ser desde siempre.

No tengo tus años, pero ¿sabes? Tengo inspiración.

¿En qué te inspiras?

En ti.

Estuvimos hablando hasta las tres de la mañana, como si nada, la química lo hizo todo, o el destino, no sé si creo en el destino. Seguimos hablando cada noche, puntualmente mientras la ciudad dormía, durante las dos semanas de vacaciones de invierno. Una sola vez se quedó dormido, pero el resto fue una forma extraña de comenzar a familiarizarnos, a conocernos, nos preguntábamos de todo.

Lo último que hablamos fue si realmente valía la pena besarnos, no me pregunten cómo llegamos a eso, solo quería decir lo extraño que es todo. Porque un beso puede ser el fin de una amistad o el principio de un amor, un beso lo puede cambiar todo. ¿Y si no lo hago bien? ¿Y si él no besa bien? ¿Qué viene después de eso? ¿Quién lo decide? Hay tantas preguntas y nadie responde. Siento que estoy llenando una hoja vacía.

El viernes nos veremos, no sé qué pasará, pero lo puede cambiar todo. Llevaré mi bálsamo labial de frutilla. Me gusta, siento que puedo decir lo que sea, que puedo ser yo. No sé hace cuánto tiempo que no sentía algo así. Solo mi celular es testigo de la risa estúpida que pongo cuando hablo con él. No se rían, disfrútenlo, tal vez alguna vez les pasea ustedes.

Capítulo 19

Juan Pablo
Marzo, 2024

Miré mi nueva oficina con nostalgia, pese a que esta era mucho más grande y el campus era uno de los más lindos de Chile, añoraba mi antiguo trabajo. Miré la ventana que permite observar la gran torre del reloj y seguí vaciando la caja donde tenía las fotos de mis hijos, mis lápices, anotaciones, libros y las cartas de Sofía. La tarea era enorme, soy el director de la Facultad de Humanidades y Arte más joven en la historia de la Universidad de Concepción, pero sé que mi currículum bien lo vale. En el fondo estaba de acuerdo en que cambiar de ambiente le haría bien a mi carrera, era una oportunidad entre miles, aunque de nuevo la idea de todo lo que viví en Santiago desde que estudié me atacó y solté una lágrima.
Alguien golpeó la puerta de la oficina. Dejé lo que estaba haciendo, me limpié los ojos y fui a abrirla.

— ¡Qué director de facultad más guapo, por favor! —comentó apenas entró, Sofía. ¡Era ella! No lo podía creer.
— ¡Qué sorpresa! —le dije y la abracé.

Estuvimos así por un buen rato, abrazados, pensando en todo lo que había ocurrido, en la separación en el terminal de buses de Santiago, en el viaje a Concepción y todo lo que pasó por mi cabeza al saber que no la vería de nuevo.
— ¿Cómo lo hiciste? —le dije al final del abrazo.
— La Vale, siempre es la Vale —respondió Sofía—, me dijo que la única forma de ver la vida es así, atreviéndose, jugándosela por las cosas que sentimos, por lo que hay en el corazón. Y aquí estoy, no sé qué haré ni cómo, pero quiero que sea contigo, mi amor.

La besé, pero no como cualquier otro beso que uno ve en las películas románticas, lo hice como a ella le gusta, con rabia, amor, con todo lo que hay en mi interior, la forma en que la amo y la deseo al mismo tiempo, todo está en mis besos, por eso la dejo sin respiro.

— Estaba triste, sentía que todo esto no tenía sentido sin ti —confesé.
— Mi vida antes de ti no lo tenía, o al menos, no sabía que quería tanto estar con alguien como lo he hecho contigo, hasta ese momento nadie me había tratado así —me dijo ella.
— Esto es el mínimo, como te lo dije alguna vez, nunca aceptes menos que esto —y sabía que era así, todo lo que vivió con el Nico la marcó para siempre.

Dejé todo como estaba y nos fuimos juntos a recorrer el lugar. Por primera vez en mucho tiempo me sentía libre, de caminar juntos, de no cargar con una historia o con el miedo a que nos descubran. Al parecer, Concepción podría ser el lugar en donde podamos amarnos sin preocupaciones. Y quizás, eso es lo que todo el mundo se merece, sentir esta intensidad, este fuego que no se apaga, el deseo de amar, de ver feliz, al igual como disfruto ver la cara de la Sofi en este momento mientras me cuenta todo lo que hizo para llegar a este momento, a este lugar.

— Y así fue como llegué a tu oficina —terminó.

— Me gusta cuando hablas, no sé si es tu voz o la forma en que mueves tu pelo, pero te juro que pasaría horas escuchándote —se lo dije de la misma forma que siempre, me encanta decirle siempre lo mucho que me gusta.
— También me gustas —se quedó mirando la laguna de cisnes que hay en medio del campus, como si se hubiese transportado a otro lugar.
— ¿Pasa algo, amor? —le dije, intentando sacarla de ese lugar al que se fue.
— Sí, me pasa algo —se sentó en el pasto, me invitó a quedarme a su lado y prosiguió—. Estuve todo el camino intentando buscar la forma de decir esto, así que solo lo haré, lo soltaré. Necesito que cierres los ojos y me acompañes en este recorrido, el que hice durante todo el viaje: imaginar una vida en que nuestros caminos siguieron su rumbo sin el otro.

>>Llegué con la Vale a la oficina. Te vi como a un profe más y no me conecté como lo hice desde el primer momento. Nuestra relación siguió como siempre, como profesor y estudiante y nada más. No me acompañaste durante las vacaciones de invierno conversando por *WhatsApp* hasta las tres de la mañana ni cuando la Vale atentó contra su vida, en esos momentos estuve sola. No tuve tus abrazos, la paciencia, ni la comprensión en los momentos difíciles. Entregué los trabajos, terminamos la tesis con la Vale y nos titulamos. Luego, me dediqué a editar mi libro de poemas y me perdí en las editoriales que jamás colaboran con los escritores nuevos en Chile. Las heridas nunca sanaron y terminé con mi vida, la frustración fue más fuerte que yo, no quería más, mi vida no tenía el sentido que buscaba ni el apoyo necesario —hizo una pausa—. Y esto es lo más triste de todo, nadie se había dado cuenta de esto, que antes de conocerte sentía que nadie me entendía, que no conectaba, solo con la Vale, me encerraba en mis poemas, en mis dibujos y nadie me escribía en las noches para saber de mí. Descubrí que no quería una vida sin ti —concluyó—, y me puse a llorar en el bus, sabía que todo lo que te había hecho vivir en la universidad había sido culpa mía, pero de verdad, que estés conmigo, que me ames como lo haces, le da sentido a todo lo que hago, y no se trata de que la única forma de vivir sea esta, en pareja, se trata de que esto tenía que pasar, tenemos que encontrarnos con gente que nos valore, que nos recuerde cada día lo talentosos que somos y pese a lo mañoso que eres y tus TOC, sabes que amo cada segundo que hemos compartido este año. Y esto te lo digo como quién pide un favor, pero también quiero que me respondas con sinceridad, quédate conmigo.

¿Qué se responde a algo así? Si mi mayor deseo es este, hacer una vida juntos, viendo cada día como el sol aparece y se va, caminando mientras llega la noche y durmiendo abrazaditos hasta que la ropa nos sobre.

— ¿Y mi edad? No es un problema, son diez años de diferencia —esta duda la he tenido siempre y no quiero perder la oportunidad de confirmar lo que siente.
— Si esa es tu única excusa para no estar conmigo, fíjate que no alcanza ni siquiera para cuestionar lo que siento. ¿Sabes que nunca antes le había dicho “te amo” a alguien? ¿Sabes que ni mi mamá me ha visto desnuda como lo has hecho tú? —pese a que no soy muy vergonzoso, esa frase me descolocó un poco. No sabía todo esto.
— Solo quiero que decidas —le dije, pero me interrumpió.
— Mi decisión es estar aquí, contigo ¿Qué decides tú?
— Cierra los ojos y te respondo —de inmediato lo hizo y la miré, con sus manitos en los ojos se veía muy tierna–. Ahora me toca a mí, te diré cómo sería mi vida sin ti.
>>Vivía cada día como el último, la frustración de la separación con Paola y la distancia con mis hijos me fue matando de a poco, no me di cuenta de lo mal que estaba y por lo mismo no era

capaz de ir a ver a mi mamá, ella ve en mi alma y sabría que mi vida no envía un sentido en ese momento. Nuestra relación iba a ser como cualquier otra con los estudiantes, de respeto y distancia, nada de poemas, nada de miradas intensas y conversaciones en las que muchas veces me quedé dormido y te enojabas. Iba a seguir como profesor en la Universidad de Santiago y me volvería tarde o temprano en un viejo amargado, era inevitable, la única luz que hubiese tenido eran mis hijos, pero verlos un fin de semana por medio me iba a destruir, necesitaba amor en mi vida. ¿Te das cuenta de lo importante que eres? Nunca antes había sentido algo así, unas ganas enormes de regalarte algo, de verte feliz, de hablar de poesía, de escribir juntos poemas buenos y malos y reír por los cupones que me ofreces y mi torpeza con las manos. No imagino una vida sin ti, y no quiero tampoco, vivimos demasiado como para no disfrutar la vida. Siempre pensé que después del amor no había nada y me equivoqué, después del amor estás tú y ese camino no quiero recorrerlo sin ti, quiero estar contigo hasta que te aburras.
— Te lo he dicho muchas veces, no te dejaré, no sabes la facilidad con la que te amo, y ahora logro comprender que después del amor nos pudimos encontrar y no cambiaría nada —dijo la Sofi y me besó —, ¿Quieres cambiar algo?

Me quedé en silencio pensando en la respuesta. ¿Cambiaría algo? Tal vez, pero no, sabía que la única forma de existir es sintiendo profundamente.

— Solo cambiaría una cosa —le confesé.
— ¿Qué? —dijo curiosa.
— Me quiero traer a los niños acá, a Conce —le dije, pensando en lo lindo que sería tener a mis hijos acá, en este lugar tan hermoso, conmigo.
— Sabes que amo a tus hijos —contestó.
— ¿Y no quieres uno? —sabía su respuesta, pero esta broma es muy buena.
— Contigo me basta, quiero que estés en las noches solo para mí.
— Tienes razón —le respondí—, y ¿sabes? Después del amor seguimos aquí, uno al lado del otro. Eso es lo único que quiero en la vida, pase lo que pase seguir acá, juntitos.
— Pero, después de mí no hay nadie más —me dijo Sofía, mi Sofi, mi amor.

FIN

Agradecimientos

Como escritor, dependo directamente de la inspiración, es la luz de lo que escribo, de lo que cuento y lo que siento. Quiero agradecer a todas las personas que existen en mi vida, todos y todas son fuente de inspiración, de conversaciones, siempre les pregunto cuál es el mejor camino para seguir los acontecimientos de mis novelas y considero muy relevantes sus opiniones.
Es la primera novela que publico luego de la muerte de mi padre, quien falleció el 28 de mayo de 2021 y quiero agradecerle especialmente a él. Siempre se interesó mucho por mis novelas y cuentos, ello para mí, en la última etapa de su vida fue una bomba de amor. Siempre estuvo orgulloso de mí, de quién soy. Te amo papá, te siento en el viento cada día, se que me acompañas y cuidas, estés donde estés.
A ustedes lectores, les agradezco que disfruten mis novelas, me han acompañado desde el 2016 con “Me Enamoré”. Les mando un abrazo grande, gracias por sus comentarios, sus mensajes en redes sociales y la felicidad con la que comparten fotos leyendo y disfrutando mis libros. Los y las amo mucho.
Gracias a cada una de las personas que me ama en la vida, no siempre lo merezco, el amor que me entregan cada día es el calor que necesito en los días de invierno.

Página web: **www.alexi.cl**
Instagram: @AlexiVergaraQ
Email: **alexivergaraquezada@gmail.com**

Escrito en Lo Prado
Santiago, Chile